

Los estudios historiográficos sobre Cuba: Pasado y presente. Tendencias interpretativas, temas, nacionalismo e ideología

Convocado por *Espacio Laical*, el pasado viernes 24 de febrero de 2017 se celebró en la sede del Centro Cultural Padre Félix Varela el encuentro «En Diálogo», que esta vez tuvo como asunto «Los estudios historiográficos sobre Cuba: Pasado y presente. Tendencias interpretativas, temas, nacionalismo e ideología». Los panelistas participantes fueron los destacados historiadores María del Carmen Barcia, Oscar Zanetti y Mildred de la Torre, quien se desempeñó además como moderadora, todos ellos Premios Nacionales de Historia, así como el joven profesor de la Universidad de La Habana, Luis Fidel Acosta Machado.



Jorge Domingo Cuadriello: Buenas tardes a todos. En nombre del Centro Cultural Padre Félix Varela, donde nos encontramos, en nombre de la revista *Espacio Laical*, que convoca estos encuentros, les doy la bienvenida a todos. Como ya saben en esta oportunidad la sección En Diálogo estará dedicada a los estudios historiográficos sobre Cuba; el título es un poco más largo porque tiende a provocar, a incentivar, a buscar distintas aristas de este mismo asunto. Primeramente tendremos la exposición de los miembros de un panel de lujo, como se acostumbra a decir, integrado en esta ocasión por cuatro reconocidos historiadores y profesores, me refiero a la profesora María del Carmen Barcia, al doctor Oscar Zanetti, al profesor, también historiador, Luis Fidel Acosta Machado y, por último, a Mildred de la Torre, a quien he dejado para último porque va a actuar, además, como moderadora. Después tendrán la oportunidad los

asistentes de emitir sus comentarios, sus dudas, manifestar también alguna discrepancia en relación con lo expuesto e intervendrán los panelistas. Todo esto se graba con el objetivo de publicarlo, como siempre hacemos, íntegramente, en el próximo número de la revista *Espacio Laical*, cuyo director, Gustavo Andújar, no está aquí con nosotros por hallarse en el extranjero, pero igualmente los saluda. Sin más, les doy la bienvenida, muchas gracias por la asistencia y vamos a esperar salir todos de aquí con los conocimientos más enriquecidos.

Mildred de la Torre: Muchas gracias, Jorge Domingo, muchas gracias a ustedes por estar aquí con nosotros. Realmente nos sentimos muy contentos de poder realizar este diálogo porque la idea es esa, de que cada una de las intervenciones suscite diversos comentarios, no solo apoyando las intervenciones



De izquierda a derecha: Luis Fidel Acosta Machado, María del Carmen Barcia, Mildred de la Torre y Oscar Zanetti.

del panel sino también discrepando o emitiendo toda una serie de criterios que contribuyan al esclarecimiento de alguno de los aspectos que el panel va a tratar o al esclarecimiento de algunos de los puntos que el panel no ha podido tratar y que ustedes pueden aportar con sus intervenciones. La idea es hacer un diálogo abierto sin que se sientan cohibidos, yo sé que ustedes no se van a sentir cohibidos y podrán expresar abiertamente sus opiniones.

La Dra. María del Carmen Barcia va a incursionar en la historiografía social en Cuba en el período revolucionario, uno de sus grandes aportes en los últimos años. Por su parte, el máster en Ciencias Luis Fidel Acosta, joven profesor con grandes reconocimientos dentro del campo docente y académico, va a abordar la historiografía de la República en la Revolución. A continuación el doctor Oscar Zanetti trae sus apuntes alrededor de la historiografía de la historia económica, por cierto, esfera muy poco tratada y prácticamente silenciada dentro del campo historiográfico actual, y finalmente yo hablaré alrededor de la historiografía de la historia cultural en un sentido muy general. Así que en este orden realizaremos las intervenciones con gran placer y gusto para ustedes.

María del Carmen Barcia: Buenas tardes a todos. Hay caras conocidas, así que es agradable tener este

tipo de reunión y de conversación. No quiero comenzar sin recordar el día de hoy, porque es 24 de febrero, día de inicio de nuestra guerra por la independencia nacional. Para todos los historiadores es una fecha muy importante y si siempre criticamos que la prensa no la tiene en cuenta o si en la radio no se habla lo suficiente de ella, bueno, al menos nosotros tenemos que empezar reconociendo la significación de ese día y pensando qué bueno que nos reunimos para discutir o para analizar un tema de historiografía. Bien, yo escribí unas cuartillas para atenerme al tiempo. El título es un poco tautológico: La historiografía social en Cuba en tiempos de Revolución, y realmente la historia social empieza a ser un campo de trabajo a finales de los años 50, de los 50 a los 60, o sea, que pudieran haber algunos antecedentes, pero realmente desde el punto de vista conceptual la historia social empieza en 1959. Paso ahora a leer mi exposición.

Una pregunta inevitable precede cualquier estudio que se pretenda realizar sobre la historiografía cubana contemporánea, en especial en torno a la denominada nueva historia social. Esa interrogante sería: ¿qué se ha creado y que queda aún por concebir? Desde luego que podrían añadirse muchas otras interrogantes relacionadas con el uso de la historia, o vinculadas a las tendencias metodológicas, y también otras enlazadas con las modas y modos de escribir.

Pero posiblemente pocos de estos asuntos puedan ser respondidos en una intervención que debe ser breve. No obstante, intentaré proponer algunos avances sobre estas cuestiones

Una rápida ojeada sobre el uso público de la historia, es decir, sobre sus formas de utilización desde diferentes instancias de poder, nos conduce hacia modos de estudio y campos precisos que se inscriben como político, económico o social, y que siempre se relacionan con intenciones subjetivas —valga la redundancia—, de cada autor. Y es que la escritura de la historia implica diversos modos de hacer que tienen como punto de partida teorías, métodos diversos y campos de estudio precisos. Es por eso que cuando utilizamos el término de historiografía para definir la escritura de la historia estamos traspasando el límite de lo que se plasma en una obra y comenzamos a reflexionar sobre el modo en que los autores han expuesto el pasado o el presente de las sociedades, de los pueblos y de los individuos. Es en ese preciso instante cuando nos topamos con la existencia de corrientes historiográficas, que pueden ser positivistas o marxistas, en sus múltiples y disímiles variantes. Por lo general, en Cuba conceptuamos la primera tendencia como historia tradicional y tiene poco que ver con la historia social, definida como «nueva historia». Esta, que sería la segunda, se origina como una corriente impulsada por historiadores marxistas, ingleses e italianos —la influencia gramsciana ha sido importante



en esta tendencia— y por la escuela francesa de los *Annales*. En Cuba comienza a esbozarse en obras publicadas entre 1950 y 1970 por la gran cuatrilogía de historiadores cubanos.

La Historia Social en sus proyecciones, cambios y definiciones, ha estado vinculada siempre a conmociones sociales. Cabe recordar que eclosionó en los años 60, cuestión que no puede desvincularse de los impactos sociales ni de las transformaciones que se produjeron en esa etapa que estuvo signada por numerosas acciones revolucionarias, como fueron el triunfo de la revolución cubana, la independencia argelina y los movimientos del año 68, que resultaron tan importantes en Francia y en México. Fue entonces que la historia social se mostró como el paradigma de una «nueva historia», vinculada a una intención renovadora y prácticamente inalcanzable: cambiar el mundo.

Esos años fueron muy fecundos para la historiografía cubana y también para las ciencias sociales, la narrativa y las artes en general. Había triunfado la Revolución, un espíritu renovador recorría la Isla, se consideraba que el mundo podía ser cambiado y esto también influyó en la escritura de la historia. Fue en esos años que Julio Le Riverend, Juan Pérez de la Riva y Manuel Moreno Fragnals publicaron sus obras más importantes. Esa tendencia se prolongó en algunos casos, como el de José Luciano Franco, hasta los años 80.

Estos cuatro historiadores se caracterizaron por utilizar cierto tradicional y fructífero eclecticismo metodológico que históricamente ha distinguido a lo mejor de nuestras ciencias sociales: aplicaron procedimientos positivistas válidos para cualquier tendencia, usaron métodos y formulaciones establecidos por la escuela de los *Annales* y privilegiaron sus obras con recursos teóricos procedentes del marxismo más renovador. Tal vez por esto sea de lamentar que aunque contaron, y aún cuentan, con muchos seguidores, ninguno de ellos haya logrado formar escuelas historiográficas.

El acercamiento a una historia social que se definía como novedosa se plasmó en varios de sus excelentes libros, escritos con una prosa elegante, fecunda y atractiva. Algunas de sus obras fueron reconocidas a nivel mundial y se convirtieron en paradigmáticas. Nos referimos, por ejemplo, a *La Habana biografía de una provincia* (1960), de Le Riverend, a *El ingenio, complejo económico social del azúcar* (1964), de Fragnals, a *Contribución a la historia de la gente sin historia* (1963), de Pérez de la Riva, y a *Comercio clandestino de esclavos* (1980), de Luciano Franco, obras que de cierta manera estaban unidas por un hilo metodológico al enmarcarse en la tendencia más prolífica que tuvo la historia social de esos años: los estudios socioeconómicos.

El libro de Le Riverend fue premiado por la Academia de la Historia, y aunque abarcaba todos los espacios de la región habanera inauguraba los estudios urbanos. Resultó ser una obra hermosa que contaba, de manera amena, la vida cotidiana de la ciudad y sus entornos. *El Ingenio* provocó un estremecimiento en el ámbito historiográfico a nivel mundial. No solo relataba el desarrollo de ese complejo económico y sus vínculos comerciales, sino que se introducía en la problemática social generada por la plantación esclavista y describía las redes de productores y comerciantes. Renovaba la teoría y lo hacía de una manera amena porque su autor no solo fue un excelente historiador sino un destacado publicista. *Contribución a la historia...* fue un libro que se anticipó a la escritura sobre la gente común en otros países de nuestro continente e inclusive de Europa, al elevarlos a un primer plano. En compañía de Pedro Deschamps Chapeaux, Pérez de la Riva rescató, por vez primera, la presencia de los subalternos, cuando esclavos africanos, libres criollos y asiáticos emergieron a través de historias contadas que trataban de reconstruir sus vidas azarosas.

Luego Franco, que había publicado sobre Aponte, Manzano, los cimarronajes y las sublevaciones, sacó a la luz su *Comercio clandestino de esclavos*, que puede ubicarse como una obra precursora en los estudios de la denominada historia atlántica vinculada a la trata negrera, en especial de la protagonizada por España y sus colonias. Franco no solo analizó la política de las grandes potencias en relación con la esclavitud, sino que expuso el accionar de los negreros y sus redes. Cabe destacar que estas cuatro obras y otras similares fueron portadoras de problemáticas y criterios aún irresueltos que han servido de pauta o de basamento a numerosas discusiones en el campo académico, lo que les otorga un nuevo valor, pero todas se establecieron como paradigmas en su momento y dejaron abiertos los caminos hacia una nueva historia social. También en esos años aparecieron publicaciones de carácter testimonial, como *Biografía de un cimarrón* (1966), de Miguel Barnet, o la *Autobiografía* de Juan Francisco Manzano, rescatada antes por Fernando Ortiz y reeditada por Franco en 1972.

No debe obviarse que, desde mediados de los años 70, la actualización historiográfica se convirtió en una práctica irrealizable, algunos libros llegaban de manos amigas, pasaban de unos a otros y los estudiábamos con la ansiedad del sediento. Esa situación se prolongó durante los años 80. En esos tiempos, a nivel mundial, la vieja narrativa fue revestida con nuevos ropajes y con técnicas de intertextualidad, y pasó a exhibir un carácter supuestamente novedoso sin apenas citar los aportes de Saussure, Mauss, quien declaró que todos los fenómenos sociales pueden asimilarse

al lenguaje, y Derridá. También comenzó a desplegarse el concepto de red, no como simple metáfora sino como el *network anylisis*, que se desarrolló a partir de la teoría matemática de los grafos, cuando los métodos estructurales-funcionalistas, que los antropólogos habían concebido para el estudio de las comunidades tribales, resultaron insuficientes para el análisis de sociedades complejas, la microhistoria mantuvo su principio holístico a pesar de las consideraciones de Foucault; y la Historia de las Mentalidades tuvo nuevos enfrentamientos con la Historia del Pensamiento. En sentido general continuó la tenencia a utilizar y relacionar los conocimientos teóricos con la facticidad de lo empíreo.

A pesar del aislamiento metodológico y de otros avatares continuaron editándose libros importantes, algunos premiados incluso a nivel internacional, como *Caminos para el azúcar* (1987), de Alejandro García y Oscar Zanetti. En esos años llegaron a Cuba desde España, Inglaterra o los Estados Unidos, jóvenes investigadores ansiosos de hurgar en nuestros archivos, algunos, como Jean Stubbs o Jordi Maluquer, que era ya un joven profesor, escribieron libros importantes como *Tabaco en la periferia*, y *Nación e inmigración de los españoles en Cuba (s. XIX-XX)*, obra que incentivó el interés por los estudios de la inmigración española en Cuba. Maluquer más tarde se dedicó a la historia económica. También investigó en nuestros archivos Verena Martínez Alier, que inició los estudios sobre raza y sexualidad y es autora de *Racismo y sexualidad en la Cuba colonial*. Algunos eran jóvenes doctorantes, como Consuelo Naranjo Orovio, quien luego publicó *Del campo a la bodega*, o Martín Rodrigo Alharilla, quien ha escrito sobre negreros famosos, en especial Antonio López, luego marqués de Comillas. Igualmente arribó en aquellos años Louis Pérez, quien influyó tempranamente en las investigaciones en torno al bandidismo social y a los maestros cubanos que en 1899 marcharon a estudiar en Harvard. A pesar de todas las dificultades, esos años fueron tiempos de encuentros y de eventos académicos a los que acudíamos para compartir ideas y con el deseo de regresar cargados de libros para continuar estudiando.

Precisamente a finales de los 80 se conmemoraba la abolición de la esclavitud y los historiadores aprovecharon la efeméride. La norteamericana Rebeca Scott, que fue de las primeras en investigar en Cuba, publicó textos sobre la emancipación de los esclavos en la Isla, y paralelamente lo hicimos Gloria García, Fe Iglesias, Mildred de la Torre, Gabino la Rosa, Francisco Pérez Guzmán, María del Carmen Barcia, Eduardo Torres Cuevas y Eusebio Reyes, quienes aprovechamos la conmemoración para publicar trabajos que aparecieron en libros y compilaciones entre 1985 y 1989.

Otros libros vinculados a la racialidad, escritos en esos años, como *El negro en Cuba: 1902-1958; apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial* (1990), de Tomás Fernández Robaina, tuvieron menos suerte y debieron esperar más de una década y media para ser publicados, sin que existiera una justificación sobre su calidad o su tendencia historiográfica.

Luego llegaron los años 90 y al margen de la especialidad con que se denomina ese período tan crítico de nuestra historia, ocurrió algo inesperado que merece la pena ser contado siquiera una vez, porque la memoria oral puede desaparecer, pero es más fácil de conservar lo que se escribe. Creo recordar que fue en 1992 cuando tres historiadores regresábamos a Cuba después de pasar estancias breves en España, Francia y Estados Unidos, países visitados en ese mismo orden por Oscar Zanetti, Eduardo Torres Cuevas y por mí. Nada habíamos acordado de antemano, pero los tres traíamos fotocopias de libros y de artículos que abordaban los avances historiográficos de ese momento renovador, cuando se producía la segunda vuelta de tuerca, por llamarla de alguna forma, en los estudios de historia social. Conversamos y acordamos reproducir esos materiales hasta donde pudiéramos —la realidad hacía este empeño muy limitado—, y hacer un taller con los jóvenes. Casi sin darnos cuenta estábamos cambiando la escritura de la historia, al menos en La Habana. Luego la Dra. Carmen Almodóvar continuó reuniendo a estos jóvenes historiadores en un taller que se prolongó por varios años.

A mi modo de ver, la historiografía cubana no ha estado marcada por diferencias generacionales, sino por modos y maneras de hacer, pero cabe destacar que en los años 90 adquirió visualidad una nueva generación de valiosos historiadores que se han caracterizado por su profesionalismo y entre los que se encuentran Ricardo Quiza, Mercedes García, Jorge Renato Ibarra, Reinaldo Funes, Marial Iglesias, Aisnara Perera, María de los Ángeles Meriño, Yoel Cordoví, Edelberto Leyva, Yolanda Díaz, Oilda Hevia, Miriam Herrera y Manuel Barcia. La mayor parte de ellos se desempeña en la actualidad, fuera o dentro de la Isla, como profesores o investigadores. Tras ellos han surgido otros que ya, en este nuevo siglo, se destacan por sus resultados, así como jóvenes llegados a Cuba, desde otras latitudes para buscar, en nuestros archivos, algunas de las respuestas a sus hipótesis de trabajo, como Childe, Borfman y Sartorius.

No es posible elaborar de manera sintética cuestiones básicas que deben concretarse en unas pocas cuartillas, como es el caso, ni analizar la obra de los que han incursionado en diversos ángulos de la historia social, sobre todo a partir de los años 90. Valdría la pena, sin embargo, relacionar los principales campos

de trabajo, y también los resultados de algunos historiadores, porque la novedad de sus estudios ha radicado en acercarse metodológicamente a la antropología y la sociología para ubicar al sujeto como eje de determinados procesos, hacer uso de técnicas demográficas en los casos de estudios que toman en cuenta la población y sus características, de procedimientos deconstructivistas para el desmontaje de situaciones y su re-análisis a la luz de nuevas fuentes, y del análisis de redes a través del estudio de familias y su tipología.

En estos años ganó importancia para la historia social la presencia del sujeto como protagonista simple y común de la historia. Las líneas temáticas sobre el género y la esclavitud resultaron privilegiadas y también se han interrelacionado, cuestión lógica si se tienen en cuenta las inquietudes de los investigadores en torno a la trascendencia social de ambas cuestiones, ya que cuando se refieren al pasado esclavista están pensando en la marginación del presente, y cuando se asoman a la ilegitimidad de hace dos o tres siglos, tienen ante sus ojos el drama de la maternidad precoz en el siglo XXI, en tanto mientras estudian el patriarcado en la historia colonial, están sumergidos en sociedades que aún, a pesar de medio siglo de revolución, tiene rasgos profundamente machistas.

Por estos y otros motivos ambas cuestiones están muy presentes en la historiografía. Se ha abordado, preferentemente, el papel desempeñado por las mujeres en los espacios privados —en especial en el doméstico por ser sujeto central de las familias, consanguíneas y afines—, su acceso a los públicos —que han transitado por la presencia de mujeres en la educación, la ciencia, el periodismo, las artes y también en los oficios más simples como parteras, nodrizas o lavanderas y cocineras—, y, por supuesto, su desempeño en la esfera política y en las acciones bélicas, en especial en las guerras por la independencia.

También en esta etapa se sostuvo el interés foráneo sobre nuestra historia y en este contexto se deben tener en cuenta las contribuciones de Ada Ferrer, las investigaciones de Laird Bergard con Marial Iglesias, Manuel Barcia y un grupo de jóvenes sobre el mercado de esclavos, las de Aline Helg, asesorada por Fernández Robaina y Enrique Sosa, sobre los Independientes de Color, y las contribuciones que, desde esos años, ha realizado el español José Antonio Piqueras, tanto sobre las élites como con respecto a la esclavitud.

Es comprensible que otro de los temas más tratados haya sido el de la esclavitud moderna, un asunto sin el cual no pueden explicarse los problemas pasados o actuales de la sociedad cubana. Las publicaciones sobre este abordan el tratamiento de la vida cotidiana en las plantaciones y en las zonas urbanas, las redes de parentesco que incluían a la familia en esclavitud y

libertad, las redes de parentesco consanguíneas o afines, muy especialmente el compadrazgo, las diversas estrategias que usaban para acceder a la libertad, el conocimiento de la legalidad impuesta para manipularla en su beneficio y las formas de resistencia, desde las más particulares, como el suicidio, hasta las complejas en grado sumo como fueron las rebeliones de esclavos. Recientemente se añaden estudios profundos sobre la trata negrera, la memoria conservada en los cabildos de nación, la importancia de las cofradías de negros, tanto las religiosas como las laborales, el desempeño en los batallones de morenos y pardos y otros cuerpos similares, así como las acciones recreativas y culturales que proyectaban sus asociaciones. También se ha hecho hincapié en las consecuencias de la esclavitud en la vida republicana, política y social, el papel desempeñado por las asociaciones, el uso público y privado de la educación, la labor cultural de los negros y mulatos —mujeres u hombres— a través de la prensa. En este punto cabe citar el libro de Alejandro Fernández Calderón *Páginas en conflicto: debate racial en la prensa cubana (1912-1930)* (2014).

A la par de la inmigración forzada de africanos, presente en la trata negrera, se han estudiado las supuestamente libres, por ser contratadas, de asiáticos y europeos, y la historia económica que le sucedió. Años atrás Pérez de la Riva había publicado, sobre este fenómeno, *Demografía de los culíes chinos en Cuba (1853-74)* (1967) y en fecha más reciente José Baltar Rodríguez ha dado a conocer su investigación *Los chinos en Cuba: apuntes etnográficos* (1997).

Dentro de los estudios migratorios se ha incurrido con demasiada preferencia y escasa teorización en el estudio de las formas asociativas, sobre todo siguiendo la clasificación establecida por Maurice Agulhon, de las formales, representadas por las sociedades de beneficencia, y las culturales o recreativas de diferente corte o nivel, destacando la protección ante la enfermedad y la muerte y sus redes de salud, en especial. Como resulta lógico, la mayor parte de esas publicaciones están vinculadas a las inmigraciones más numerosas, como la canaria, la gallega y la asturiana, aunque también se han estudiado últimamente otras, como la andaluza, la catalana o la vasca.

Un espacio importante ha sido ocupado por investigaciones en las que con frecuencia se mezclan o confunden la historia regional y la micro historia. También se han publicado trabajos que reflejan las ideas y el imaginario social de las mujeres y hombres en otras épocas tanto de sus élites como de los sujetos subalternos. Fenómenos como el bandidismo social y el contrabando han recibido cierta atención. Se han escrito trabajos excelentes sobre la Iglesia Católica, bien en su transitar institucional como en lo

referido a las órdenes religiosas, especialmente los casos de los dominicos, los jesuitas y los franciscanos. En este terreno se han destacado los textos de Eduardo Torres Cuevas, Edelberto Leyva y Mercedes García. Profusa atención se le ha dedicado también a la religiosidad de los afrocubanos y a los estudios folklóricos, no solo por los historiadores, sino por los etnólogos y los antropólogos, entre ellos Rafael Leovigildo López Valdés, Jesús Guanche, Tato Quiñones y Lázara Menéndez.

Temas que muestran aspectos objetivos y subjetivos, presentes en los conflictos bélicos como, por ejemplo, la cuestión «racial», el negocio de la guerra, la vida familiar en el campo insurrecto, las diferencias raciales, la profundización en el problema nacional y regional, o las discusiones en torno al poder político sobre la base de un serio análisis teórico y comparativo han sido abordados en el estudio de las guerras por la independencia nacional. Como ejemplos podemos citar *La voz del mambí: imagen y mito* (1997), de Blanca-mar León, *Radiografía del Ejército Libertador 1895-1898* (2005), de Francisco Pérez Guzmán y *Revolución, hegemonía y poder. Cuba 1895-1898* (2012), de Antonio Álvarez Pitaluga.

Como puede apreciarse por este breve análisis, la historia social desempeña un papel importante en el estudio del pasado de nuestra sociedad y su reconocimiento puede influir positivamente en el presente. Tiene aún un extenso campo de asuntos por desbrozar, ya que la realidad supera lo imaginado y en esa dirección es posible avizorarle una larga vida académica, que esperamos continúe siendo exitosa.

Mildred de la Torre: Estricto, exacto y preciso. Ahora intervendrá Luis Fidel Acosta.

Luis Fidel Acosta: Buenas tardes a todos. El título de mi ponencia, por los tópicos que trata, muy parecidos al que recién acabamos de escuchar, es *Apuntes sobre la historiografía republicana en Revolución*, que a continuación voy a exponer:

Los presentes en esta sala van a tener que perdonar este humilde ponente, desde la arrancada, para evitarlos críticas y cuestionamientos al concluir de referir estas breves líneas, porque su objetivo no es brindar un pormenorizado catálogo de obras y autores, tarea que guarda la triple significación de resultar titánica, sino que se propone realizar un balance general, digamos radiográfico, del quehacer investigativo de los amantes de Clío a lo largo de estos casi sesenta años de Revolución, referido a ese campo indagativo que se ha dado en llamar la República Neocolonial. Al respecto señalará los que, a su juicio, resultan los principales aciertos historiográficos, y lo que considera de



mayor relevancia, definir algunos de los principales vacíos indagativos y temas que requieren urgente reevaluación teórica e interpretativa. Por lo tanto, no se espere hallar respuestas ni juicios definidos. Más bien el objetivo del autor de estas líneas es despertar dudas, interrogantes y, sobre todo, el interés investigativo de aquellos que deseen acercarse al período histórico que corre entre los años 1899 y 1958.

Por otra parte, debe decirse que nos encontramos ante un panorama aún ignoto en infinidad de facetas en cuanto a investigaciones históricas se refiere, pese a las muchísimas obras y autores que han estudiado el período neocolonial cubano. Se podrá decir que ello resulta una contradicción y, sin embargo, un brevísimo estudio de índole historiográfico nos señalará que la República aún adolece de indagaciones de largo aliento que se refieran a la historia cultural, la historia social, la tan manida, pero necesaria, historia de las mentalidades. Ese mismo estudio mostrará que aún el proceso revolucionario de los años 30 necesita de nuevos enfoques interpretativos, que muchísimo queda por historiar en cuanto al autenticismo, su plataforma política y social; la ortodoxia; sin dejar de mencionar el proceso revolucionario de los años 50, tan necesitado de pesquisas que vayan más allá del testimonio y el recuento histórico, y nos muestren, en toda su profundidad, los aciertos y las contradicciones

que unieron, y en no pocas ocasiones enfrentaron, a las organizaciones involucradas en el magno proceso que culminó con el huracán revolucionario de enero del 59. Pero vayamos por partes.

Los caminos investigativos por los que han transitado los adoradores de Clío en el lapso temporal signado por la Revolución, referidos a la Neocolonia, han sido variados y la interpretación que estos han realizado de los mismos ha estado marcada por los propios cambios político-ideológicos que han caracterizado al proceso revolucionario cubano desde su triunfo. Dentro de esta vasta pléyade de campos indagativos se llevan todas las palmas dos que han llamado particularmente la atención de investigadores y estudiosos en general: el camino de la historia económica y el de la historia política.

Dentro de los temas favorecidos por aquellos que han preferido historiar la economía que signó el período neocolonial cubano, se encuentran las relaciones comerciales entre Cuba y los Estados Unidos, terreno en el que han marcado verdaderos hitos autores como Alejandro García, Gloria García, Oscar Pino-Santos y Francisco López Segrera; la política empresarial de la Isla que tiene una exponente excepcional como María Antonia Marqués; mientras que la industria azucarera ha sido trabajada *in extenso* por investigadores como Oscar Zanetti. Otra temática recurrente es el desenvolvimiento lineal de los sectores sociales que les fueron inmanentes a las estructuras económicas de la isla, donde debe mencionarse la labor investigativa de John Domoulin. También debe señalarse que aún se echa en falta un estudio generalizador y de largo aliento que establezca las coordenadas fundamentales de la economía republicana en sus largos sesenta años de existencia, con un sentido totalizador, capaz de reunir los diferentes fragmentos de la misma y armar ese maravilloso rompecabezas que resulta la historia económica neocolonial. Obra titánica, es sabido, pero absolutamente necesaria, puesto que una síntesis actualizada sobre la temática se echa en falta en las librerías y bibliotecas cubanas.

En cuanto a la historia política, sería poco menos que imposible mencionar todos los temas trabajados y algunos de sus principales exponentes. No obstante, deben resaltarse las relaciones de dependencia de Cuba respecto a Estados Unidos, el funcionamiento político del sistema neocolonial, el pluripartidismo y sus inconsecuencias, los partidos políticos tradicionales, revolucionarios y comunistas, las múltiples y variadas formas de la corrupción político-administrativa imperantes en el país, y claro, los períodos presidenciales que marcaron el devenir republicano. Al respecto, autores como Pedro Álvarez Tabío, Ramón de Armas, Mario Averhof, Joel James Figarola y Jorge

Ibarra Cuesta, entre otros destacados investigadores, han producido magníficas monografías que arrojan luz sobre el pasado neocolonial.

Otros aspectos como las historias de género, la historia militar, el pensamiento conservador, los diversos grupos y sectores sociales, etc. también han despertado el interés de los admiradores de la divina musa de la Historia, entre los que se encuentra una nueva hornada que ha producido obras como *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902*, de Marial Iglesias, o *Imaginario al ruedo. Cuba y los Estados Unidos en las Exposiciones Internacionales (1876-1904)*, de Ricardo Quiza, que se acercan de manera diferente y sugestiva a tópicos ya trabajados por la historiografía como es el caso de Iglesias, y no tanto, como resulta la investigación de Quiza Moreno.

No podemos dejar de mencionar las enjundiosas historias de síntesis referidas a la República donde los nombres de Julio Le Riverend, Teresita Yglesias, Concepción Planos, Francisca López Civeira, y más recientemente, Rolando Rodríguez resaltan junto al de muchos otros investigadores. Ahora bien, dentro del paisaje investigativo donde se ha constatado resaltan altísimas palmas, aún quedan importantes yermos que sembrar y herbazales que la paciencia del investigador debe desbrozar. Y todavía la periodización del período debe estudiarse con más detenimiento y la división entre una primera y segunda república, separada por la frontera temporal de 1935-1940 tal vez amerita mayores acercamientos de tipos teóricos, conceptuales y metodológicos.

Considero que la República exige estudios que actualicen los conocimientos que se tienen respecto a los sectores sociales que signaron su devenir, especialmente los grupos subalternos, e incluso aquellos que detentaron el poder hegemónico. El movimiento obrero, el campesinado, la alta y pequeña burguesía cubanas espera por interesados investigadores que le dediquen su atención esmerada, casi como aquellos personajes en busca de un autor, de los que escribiera Luigi Pirandello.

El proceso revolucionario de los años 30 se encuentra entre los primeros tópicos que necesita de una pronta actualización historiográfica, y pesquisas que dilucidan pasajes ignotos. Organizaciones como el ABC exigen desprejuiciadas investigaciones que pongan a la luz defectos y virtudes, yerros y aciertos, y sobre todo que se realicen con la más absoluta objetividad histórica. Figuras de realce, participantes en el proceso transformador, que escapan a los estrechos marcos creados por un Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Antonio Guiterras o Pablo de la Torriente Brau necesitan útiles monografías que los coloquen y destaquen dentro del ámbito histórico

que les correspondió vivir. Por otra parte, los grupos represivos neocoloniales también ameritan una historia. ¿Quién sabe qué fue la «porra» machadista? ¿Cuándo se creó? ¿Quiénes la integraban? Ocurre lo mismo con los famosos «Tigres de Masferrer», por solo citar un ejemplo, y felicito la reciente publicación del libro de Enrique Acevedo sobre este personaje.

El proceso revolucionario de los años 50 es otro de los espacios ignotos en los que hay que adentrarse. Recientemente se han realizado muy meritorias investigaciones relacionadas con el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, pero se necesitan otras que profundicen en torno al devenir del Movimiento 26 de Julio o del Partido Socialista Popular, más ahora que se cuenta con información de primera mano, ofrecida por los principales protagonistas de aquella gesta revolucionaria. También la historia social, y en su interior la historia de la cuestión racial, exige el interés de la nueva historiografía. Es momento de pasar a otros tópicos que vayan más allá de la insurrección de los Independientes de Color. Las décadas del 20, el 30, el 40 y el 50 así lo demandan.

Un campo que ha quedado relativamente olvidado, hecho constatable por la inexistencia de una monografía de largo aliento que estudie a profundidad el tema, resulta la segunda Intervención Norteamericana en Cuba, probablemente opacada por su hermana mayor de 1899. No obstante, aquella de 1906, afianzadora del sistema neocolonial cubano, también requiere de historiadores que iluminen sus zonas oscuras.

Desde el punto de vista de la historia económica, las dos grandes crisis que azotaron durante el período republicano, la del 20 al 21 y la del 29, también pueden resultar fuente de inspiración e interés para el estudioso apasionado de estos tópicos.

Finalmente, aunque existen interesantísimos acercamientos a las administraciones de Machado, Grau y Prío, hay demandas de nuevas y refrescantes visiones que profundicen en el devenir de dichas etapas presidenciales. ¿Y qué decir con respecto a los casi ocho años de gobierno menocalista? Probablemente sea Mario García Menocal, una figura clave en la política cubana desde los mismos orígenes de la República hasta bien entrada la década del 40, uno de los olvidados al que la historiografía cubana le debe una biografía, la que resultaría de una riqueza incomparable.

Cerremos con una certeza: aún queda mucho por dilucidar y analizar respecto al pasado republicano de la nación cubana. Y no solamente en cuanto a vacíos historiográficos de importancia, como se ha señalado con anterioridad, sino respecto a nuevos acercamientos a viejos temas que necesitan, a la luz de los avances teóricos, metodológicos e interpretativos del siglo XXI, ser reevaluados, como ha ocurrido ya con otras áreas

de indagación histórica relacionadas con el período de las Guerras por la Independencia y, en especial, la Guerra de 1895. Por tanto, nos encontramos ante la ingente tarea de desbrozar una etapa dentro del devenir histórico cubano que aún resulta terreno virgen, en el cual los noveles historiadores podrán desarrollar su esfuerzo investigativo y cosechar importantes resultados, materializados en posibles ensayos, artículos o monografías que podrán escuchar el siempre feliz y estimulante chirriar de la imprenta.

Mildred de la Torre: Vamos a escuchar ahora a Oscar Zanetti.

Oscar Zanetti: Estos problemas de historiografía se pueden abordar desde dos ángulos. Uno puede hacerlo desde el punto de vista de cómo se escribe la historia y entonces entraría en consideración de la situación de las fuentes, qué fuentes están disponibles, su accesibilidad, el problema de los métodos, cómo se comunican los resultados de la investigación, cuál es el impacto social de esos resultados, y podríamos llegar incluso a plantearnos por qué en la tarde de hoy, en esta sala, contamos con un público tan bueno como escaso. Pero hay también otra manera de tratar el asunto que es qué se escribe en historia, y esto nos lleva a ver el tratamiento de que han sido objeto los temas, los períodos. Esta es un poco la línea que se ha



impuesto en el tratamiento que vamos a hacer esta tarde. Si yo el tema del que les voy a hablar lo encabezara con un epígrafe, escogería un par de versos de un poema que todos conocen: ayer maravilla fui... Porque voy a hablarles de un género historiográfico en peligro de extinción, al menos entre nosotros, la historia económica. Uno teme hasta presentar este asunto porque cuando uno habla de historia económica, a veces el público se siente ya de inmediato amenazado de aburrimiento. En realidad este es el resultado de muchos factores, incluso, hasta de orden cultural.

Sin embargo, la situación que hoy enfrenta la historia económica en nuestro país es un tanto paradójica porque nosotros tenemos una historiografía económica, por así decirlo, muy antigua, si vamos a iniciarla con la primera obra que adoptó ese título, que fue escrita por Ramón de la Sagra por allá por 1831, varias décadas antes que la historia económica se estableciera como una disciplina a escala mundial en Europa. Y realmente durante las primeras décadas del siglo xx también contamos con obras notables, no porque tuviéramos historiadores económicos, porque prácticamente no teníamos ni historiadores profesionales, pero sí tuvimos obras como *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra, o *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, de Fernando Ortiz, algunas menos conocidas, pero sin dudas interesantes, como *Cuba tierra indefensa*, de Alberto Arredondo. Había entonces una preocupación por los temas económicos y obras trascendentes en este campo, aunque realmente podemos decir que la historia económica se constituye en Cuba como disciplina más o menos en la década de 1940, con trabajos como los de Raúl Cepero Bonilla, con *Azúcar y población* y sobre todo con la obra de Julio Le Riverend. Yo diría que con la sistematización que logra Le Riverend y que vino a apreciarse décadas después en las partes que desarrolló sobre historia económica dentro de aquel gran proyecto que fue la historia de la nación cubana. Si se tiene en cuenta que esta sistematización fue hecha por un hombre que todavía no tenía cuarenta años y que ya compite perfectamente, y con ventaja, con lo que en América Latina en aquella época se estaba haciendo sobre historia económica, por Cayo Prado y los historiadores económicos argentinos, no podemos menos que sentirnos orgullosos de los orígenes de nuestra historiografía económica.

Por supuesto, el género adquiere una importancia excepcional después del triunfo de la Revolución, por cuanto la Revolución lleva a cabo un replanteo de nuestro discurso histórico, una revisión que busca poner el acento en aquellos aspectos que desde el punto de vista de una perspectiva marxista eran indispensables para la explicación de la estructuras económicas

y de las clases y de la lucha de clase. Es por ello que ya desde la década de 1960 vamos a tener obras importantes y anotaría de entrada una que, aunque viene a culminar casi diez años después, es, a mi juicio, quizás la más notable de nuestras obras histórico-económicas en la segunda mitad del siglo xx que es *El ingenio*, de Manuel Moreno Fragonal, a la cual ya se hizo referencia. Pero está también una obra interesante por la perspectiva desde la cual trata el problema, *Asalto a Cuba por la oligarquía financiera yanqui*, de Oscar Pino Santos, porque aquí hay un interés por ver los procesos económicos desde el punto de vista de sus agentes. Y es evidente que todas estas preocupaciones tenían que ver con las preocupaciones del momento, las causas del subdesarrollo del país, las relaciones de dominación imperialista, etc. Todo eso traía este tipo de investigaciones que se continuarían ya desde un punto de vista monográfico con trabajos como el de Jesús Chía sobre el monopolio del jabón y el perfume, estudios de empresa también, como el caso de la *United Fruit Company*, de los ferrocarriles, del tabaco, de la minería, e incluso, acercamientos desde el punto de vista de la historiografía colonial a las estructuras agrarias, un tema que Le Riverend había empezado a cultivar y que desarrollan con éxito Gloria García y Fe Iglesias, y que se van proyectando hacia otros ángulos. También hallamos el surgimiento de lo que podemos llamar una historiografía económica de tipo regional, con las obras que aportan Hernán Venegas y Olga Portuondo. Este interés que se manifiesta en Cuba es generalizado y también se puede percibir en el extranjero con obras, a veces escritas por cubanos, como es el caso del estudio sobre Cuba, que en apariencia por su título no es de historia económica, realizado por un grupo de antiguos profesores de la Universidad de La Habana presidido por José Álvarez Díaz, de la Universidad de Miami, a principios de los años 60. Ellos hacen una gran compilación de información económica cerrada en alguno de sus análisis, pero que sin duda es un verdadero reservorio de datos del cual se derivan después trabajos más específicos como el de Juan Manuel Salvat sobre la agricultura desde la década del 30 al 50, y una obra de tipo monumental como la de Leví Marrero, que dedica una buena parte de su contenido al estudio de procesos económicos. También hay en este campo historiadores extranjeros y, sobre esta época, me referiría a la obra de Roland T. Ely, *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, paralela a la de Moreno, solo que mientras Moreno entraba al tema con los elementos más modernos de la historiografía, él lo hacía desde un punto de vista más tradicional, sobre las bases de la misma historia norteamericana, y eso le dio una repercusión muy distinta a ambas obras.

A esto hay que sumar, porque empiezan ya a presentarse desde finales de la década del 70, obras que son tesis doctorales, como la de Alan Dye sobre el azúcar en la etapa de la producción en masa, y tendríamos que situar ya, desde el punto de vista de los aportes que se hacen en el extranjero en la década del 70, la entrada de la historiografía española, para la cual el tratamiento de Cuba había sido una cosa casi excepcional y generalmente remitido a los más tempranos siglos coloniales. Sin embargo, los aportes de historiadores como Elena Hernández Sandoika, Pablo Tornero, Jordi Maluquer, empiezan a tratar problemas sustanciales de la historia económica cubana que después se seguirán, ya terminado el siglo xx y en los primeros años de este que va corriendo, por otros historiadores españoles, que de manera un poco más monográfica han tratado temas como la hacienda colonial, o la banca, en el caso de Inés Roldán, de Candelaria Saíz Pastor, o las estructuras y las relaciones entre las estructuras y las políticas económicas, en el caso de José Antonio Piqueras o del comercio, por Nadia Fernández Espinedo. Es decir, que cuando hacemos un balance de estas décadas del 70-80, casi llegando a los 90, la historia económica se nos presenta probablemente como uno de los géneros más vigorosos de la historiografía cubana, sobre todo teniendo en cuenta que no era un género de contradicción como los estudios de historiografía política sobre las guerras de independencia, etc. Ahora, si vamos a caracterizar lo que se había obtenido hasta ese momento vemos que el acervo resultante de las investigaciones se caracterizaba por la dispersión y su desigual distribución, tanto temática como cronológica. Como en otra rama de nuestra historiografía, se hacía visible la concentración de los estudios en el siglo xix, así como en la primera mitad del xx, con vacíos muy notables cual lo era la época colonial temprana. Desde el punto de vista temático el privilegio indiscutible lo disfrutaba el llamado sector externo de la economía: azúcar, tabaco, comercio, etc., mientras otras ramas como la ganadería se mantenían prácticamente vírgenes. En el sentido espacial el sesgo capitalino característico de nuestra historiografía se hacía también visible, aunque probablemente con menor intensidad, dada la propia naturaleza de los procesos económicos y las circunstancias de que la renovación de los estudios históricos regionales, ya para entonces en marcha, tenía en las indagaciones económicas uno de sus principales soportes. Con un panorama tan desigual no ha de sorprender que una de las características fundamentales fuera la total ausencia de síntesis.

Desde otro punto de vista, esta historiografía económica cubana al finalizar el siglo xx también se caracterizaba por un predominio del enfoque estruc-

tural, es decir, cuáles son los factores, los sectores de la economía, los renglones de producción, sus correlaciones, tanto desde el punto de vista del objeto de investigación como de los problemas que se planteaban. Esto obedecía a las influencias de las dos corrientes, a mi juicio, principales en los estudios históricos económicos en nuestro país en aquel momento, sobre todo el marxismo, a veces no en sus mejores versiones, y la escuela de *Annales*, así como también durante cierta etapa de la teoría de la dependencia que se desarrolla en el ámbito latinoamericano. Independientemente del predominio de los enfoques estructurales tenemos una cierta presencia de estudios de empresa, estudios de corte local y estudios de agentes económicos, pero casi siempre con predominio de la perspectiva estructural. Uno de los problemas serios es la pobreza del subproducto estadístico que debía haber quedado de esta historiografía del siglo pasado y que resulta muy parcial y desperdigado. Sin embargo, en favor de ella vale un hecho, y es que en el caso cubano la historia económica que se practica entonces, yo diría que dentro de lo que todavía ahora se hace, resulta una historia, más que económica, pudiéramos calificar como socioeconómica. Porque no es una historia como la que vemos en países anglosajones sobre la base de los fundamentos de la teoría neoclásica y con la aplicación extensa del análisis cuantitativo, incluso con recursos de moderación matemática, sino una historia que ve los procesos económicos y trata de mantenerlos vinculados con los elementos sociales y políticos que se le asocian y que no pierde de vista a sus agentes. Por eso cuando María del Carmen Barcia, tratando la historia social mencionaba alguno de los trabajos más sobresalientes, se refería a títulos que yo también estoy mencionando al hablar de la historia económica.

Las investigaciones en años recientes han contribuido a atenuar un poco los desequilibrios; un estudio modélico de María Antonia Marqués puso en claro los orígenes de nuestra industria no azucarera, mientras renglones ignorados como el banano y el henequén, o estudiados de manera muy fragmentaria, como la banca, cuentan ya con monografías más abarcadoras. Incluso asuntos más trabajados, como la producción azucarera, se han enriquecido con indagaciones de etapas casi desconocidas de su desarrollo, y me refiero al siglo XVIII, que ha contado con un excelente trabajo de Mercedes García, al tiempo que se concretaban trabajos coyunturales sobre momentos claves de la transición del siglo XIX al XX o sobre el famoso crack bancario de 1920. También se hacen notar ciertos cambios en el enfoque, de modo que si el abordaje estructural mantiene su vigencia, se han abierto espacios a otros acercamientos desde el ángulo de los

sujetos económicos. Tal es el caso de los empresarios y de las empresas, muy bien ilustrados por esa obra enciclopédica de Guillermo Jiménez. También por la consideración de ángulos hasta ahora no apreciados de los procesos económicos como el impacto ambiental, presente en una obra como la de Reinaldo Funes, e incluso la correlación entre el desarrollo de la ciencia y los procesos económicos en autores como Leida Fernández y Rolando Misa. Con todo y su relevancia, estos resultados escalonados a lo largo de tres décadas en modo alguno pueden considerarse abundantes. Algunas de las contribuciones más significativas al conocimiento de nuestro pasado económico, hasta incluso en el ámbito regional, se deben a colegas extranjeros como es el caso del estudio de Laird Bergad, sobre Matanzas, o sobre personalidades fundamentales como el de Muriel McAvoy sobre Manuel Rionda, un fenómeno que, por supuesto, no es para lamentar, pero que sí viene a contrastar las ausencias de nuestra producción propia. Situación particular muestra lo que pudiéramos considerar como nuestra historia económica contemporánea, es decir, las casi seis décadas ya transcurridas desde el triunfo de la Revolución. Este es un terreno en el cual apenas han incursionado los historiadores; es un terreno de economistas y por tanto los acercamientos históricos aquí han dependido mucho del interés, lamentablemente poco frecuente entre los economistas, de analizar problemas en plazos temporales más o menos largos. Se inicia con un trabajo a principios de los años 70 de Robert Whitney, un profesor canadiense-norteamericano que hace un balance histórico-económico, de alguna manera, sobre las estrategias de desarrollo y el desempeño de la economía cubana en la primera década del período revolucionario, una empresa que de alguna manera continuará diez años después Carmelo Mesa Lago con un balance de los primeros veinte años de la economía en la etapa revolucionaria y que después el propio Carmelo va a continuar con trabajos parciales que llegarían a agruparse en España, en una obra bajo el título de *Historia económica de la Revolución*, pero que propiamente nunca fue concebida por Carmelo como una historia económica sino que es el resultado del ensamblaje de análisis económicos desarrollados con perspectiva histórica, pero que sin duda van llevando a un pensamiento que madura y que tiene propuestas interpretativas interesantes, como es el de la alternancia de ciclos ideológicos y pragmáticos en el desarrollo de la economía, pero yo diría más que de la política económica, y este es un problema de los economistas que también se ve en una obra como la de José Luis Rodríguez sobre la estrategia de desarrollo económico en Cuba, que parte de las propuestas, y entonces a partir de las propuestas es que se ve el movimiento

mismo de la economía, y por tanto se va estableciendo la distancia que proverbialmente existe en nuestro caso, lamentablemente, entre lo que se propone y lo que se consigue. En verdad no tenemos acercamientos más recientes. En ocasión del cincuenta aniversario de la Revolución salió un grupo de trabajos compilados por Omar Everleny Pérez que en algunos casos tienen un perfil histórico apreciable y encomiable o el texto de Armando Novas sobre la agricultura. Pero en realidad lo que quiero hacer notar es que prácticamente no hay presencia de trabajos de historiadores económicos y yo de hecho solamente conozco un proyecto de alcance en este terreno, de un estudio que se propuso Gloria García y que no sé, cuando la sorprendió la muerte, qué grado de terminación tendría.

Mildred de la Torre: Lo tenía terminado.

Oscar Zanetti: ¿Sí? Ah, bueno, entonces eso me va a cambiar la perspectiva. Ahora, los problemas: tenemos sin duda trabajos interesantes que en los últimos años se han ido produciendo a escala regional, como el de José Novoa sobre las estructuras de propiedad agraria en Holguín, en los siglos XVIII y XIX, pero nos faltan monografías locales, nos faltan estudios empresariales. Por ejemplo, los puertorriqueños tienen como diez veces más estudios de empresas azucareras que nosotros. Y nosotros tenemos una débil masa estadística y una escasa elaboración matemática de nuestros procesos económicos. Y esto es importante porque más allá de los excesos que a escala mundial tuvo el cuantitativismo, la estadística constituye un recurso indispensable para el desarrollo del análisis histórico-económico. Uno de nuestros déficits fundamentales, además de las carencias de ciertos estudios que ya apuntaba, es precisamente el de las estadísticas históricas. ¿Cuál es la causa de esto? Yo creo que, por una parte, el hecho de que la historia económica ha sido, sobre todo en el plano estrictamente histórico, desarrollada por historiadores que por lo general tenemos una debilidad congénita con respecto a las estadísticas y las matemáticas. Y por otra parte por el hecho de que los economistas han trabajado muy poco, salvo estas situaciones de etapas más cercanas que he mencionado, la historia económica. De hecho, la historia económica no forma parte del programa de estudios de la carrera de economía en nuestras universidades, solo en ciertas épocas han trabajado las doctrinas o el pensamiento económico y por lo general la formación de nuestros economistas, a pesar de hacerse desde una base marxista, tiene una escasa perspectiva historicista. Y sin una formación apropiada de nuestros economistas, y con los atractivos que supone la práctica económica en el sistema

empresarial, no cabe esperar que ninguno de ellos, salvo casos muy excepcionales, se dedique a la historia económica.

El desarrollo de esa disciplina, por tanto, ha descansado y parece que va a descansar todavía en historiadores de formación humanística. Y en este campo también tenemos problemas porque desde los años 80, a partir de este proceso que la doctora Barcia aludía de recuperación del sujeto, surgió entre los historiadores una reacción crítica muy notable que afectó en gran medida la historia económica, que se veía como el campo por excelencia de los acercamientos estructurales donde los agentes históricos parecían desaparecer frente a procesos determinados por la correlación de los sectores productivos y de los mercados. Entonces cada vez más el peso de la producción historiográfica ha ido hacia los aspectos sociales y culturales, y las cuestiones económicas, y estoy hablando no solamente para el caso cubano, sino a escala mundial, han ido perdiendo importancia en gran medida porque a la historia económica se le presume por parte de los historiadores como sospechosa de deshumanización. Sin embargo, al desentenderse de los problemas y procesos económicos el historiador pierde de vista factores indispensables para una raigal comprensión del acontecer y desentrañar el desenvolvimiento de la vida social. Artistas y políticos, mujeres y niños, élites y masas, amantes y santos requieren un techo, necesitan alimentarse, vestirse, disponer incluso de bienes que a veces estimamos superfluos. La marginalidad y la degradación de la vida urbana pueden entenderse al margen de la pobreza; la vida cotidiana y las relaciones de los esclavos en un ingenio solo se tornan comprensibles a ritmo de la dinámica productiva que los hace vivir como dotación. Ignorantes de los movimientos del mercado ¿cómo entender por qué en una determinada coyuntura se intensifica la explotación con el consiguiente incremento de las enfermedades y la muerte, y en otras la plantación se va a la quiebra y la dotación se pone en venta, dispersándose las familias y acentuándose el extrañamiento y la cosificación de los esclavos? El análisis económico es un componente esencial de la explicación histórica y prescindiendo de este el discurso histórico, más que cojear, queda baldado.

El historiador económico no podrá explicarnos el alcance de las ideas independentistas del padre Varela, pero sin sus consideraciones resultará muy difícil entender por qué estas no encontraron suficiente eco entre sus contemporáneos. La producción material es tan esencial para el desarrollo de la cultura como la creación espiritual, pero también las condiciones culturales contempladas en su más amplio y raigal sentido influyen en ocasiones hasta extremos determi-

nantes en el desarrollo de la economía. Los hábitos de consumo, la cultura del trabajo, la mentalidad empresarial no pueden comprenderse sino en el contexto de una sociedad y una cultura determinadas. Al calor de la crisis actual se perciben expresiones de un renovado interés por la historia económica a escala internacional. Ojalá a nosotros no nos pase lo de siempre y tengamos que esperar 3 o 4 lustros para traer de fuera recursos analíticos y conceptuales que pueden encontrarse en nuestra propia tradición. Hagamos votos porque nuestros jóvenes profesionales encuentren en los problemas de la economía cubana, históricos y actuales, materia para algunas de las obras mayores de nuestra historiografía del siglo XXI.

Mildred de la Torre: A continuación voy a exponer algunos apuntes referidos a la historia cultural. Yo quiero aclarar, ante todo, que estoy escribiendo en estos momentos un libro sobre historiografía de la historia cultural en Cuba, libro que pienso, si las fuerzas y el tiempo me lo permiten, terminar en este año y que ya está comprometida su publicación para salir el año próximo; pero en estos apuntes que yo traigo no existe una valoración, ni siquiera menciono, por razones de tiempo, la historiografía de fuera de Cuba. Solamente, por lo tanto, me voy a referir a la histo-



riografía de los que viven en Cuba, lamentablemente no puedo hacerlo en esta oportunidad a los que viven fuera de Cuba. En esta ocasión solamente me referiré a determinados aspectos o temáticas abordados por la actual historiografía especializada en la historia cultural debido al escaso tiempo disponible para esta intervención, y porque me encuentro inmersa en la investigación sobre el tema. Teniendo en cuenta las características de este colectivo, prescindo de disquisiciones teórico metodológicas sobre el asunto. Los conceptos de historia cultural, cultura e historiografía, además de integrar una legión de denominaciones diversas, requeriría de otro tipo de debate. Al propio tiempo —lo he dicho en varias oportunidades—, aunque no descalifico el análisis teórico puro, prefiero el aplicado, es decir, la integración entre lo puntual específico y la teoría. Porque, de lo contrario, se corre el riesgo de no construirse algo concreto y la historia se piensa y se construye a la vez. Lo que acabo de expresar no excluye la posibilidad de que ustedes defiendan o expresen conceptos y teorías, por el contrario, se los agradeceré, solo que yo no me detendré en tan interesante asunto.

Durante la república burguesa la experiencia más cercana se puede encontrar en los tomos de la *Historia de la Nación Cubana*, publicados en 1953 bajo el auspicio o la dirección de Ramiro Guerra y Sánchez, José M. Pérez Cabrera, Juan J. Remos y Emeterio Santovenia. Doce tomos abarcadores de la etapa colonial. Es ahí donde con mayor nitidez se aprecia la división de la Historia en política —casi siempre a cargo de Cabrera, Guerra y Santovenia—, social, por Elías Entralgo, económica, en Julio Le Riverend, y cultural por Juan J. Remos y Diego González, este último de forma esporádica. Observen esa particularidad. Por su parte, Fernando Portuondo del Prado, en su *Historia de Cuba*, con siete o más ediciones publicadas —creo que la última, durante ese tiempo, fue en 1958 y después hubo otra al principio de los años 60, Zanetti podrá rectificarme—, incluía elementos interesantes de la historia de la literatura, el arte y la ciencia, a los efectos de ilustrar los entonces denominados acontecimientos históricos.

En este último aspecto me detengo para destacar lo que ha sido y es una regularidad historiográfica. Específicamente, lo que trato de decir es que la historia de la cultura, que no es la historia cultural, se ha insertado en los manuales de Historia de Cuba. Por una parte, hubo publicaciones de historias de la literatura de las autorías de Max Henríquez Ureña, José J. Arrom, José María Chacón y Calvo, Jorge Mañach, Emilio Blanchet, Antonio Bachiller y Morales, José Manuel Carbonell, Domingo Figarola, Antonio Iraizoz, Marcelino Menéndez y Pelayo, Aurelio Mitjans,

Juan J. Remos, entre otros (la más sobresaliente fue la de Max Henríquez Ureña), así como las del arte que vieron la luz gracias a Alejo Carpentier (música), el mencionado Mañach, Joaquín Weiss, junto al movimiento de renovación artística, con la presencia de Harold Gramatge, Argeliers León y otros. Creo que el más excelso de los estudiosos de la cultura fue Don Fernando Ortiz. Pero lo cierto es que estamos hablando de la historia de la cultura y no de la historia cultural. Es en este mismo sentido que se aprecia una voluminosa literatura sobre el asociacionismo, especialmente en las descripciones sobre los ateneos, liceos y sociedades de recreo, más bien dirigidos hacia la divulgación de sus integrantes y actividades. Lo mismo ocurre con la prensa. Vale la pena destacar la existencia de algunas publicaciones y de la labor publicitaria de los historiadores locales o provinciales sobre las manifestaciones culturales y el desempeño, en esa esfera, de las principales familias adineradas. Más bien están concentradas en lo que pudiera clasificarse como crónicas.

Hasta los años 90 la tendencia fue la de continuar ejercitando la historia de la cultura, patrocinada por las instituciones creadas por la Revolución, tales como el Instituto de Literatura y Lingüística, la Casa de las Américas, el Instituto de Etnología y Folklore y el ICAIC. En esa misma corriente de pensamiento se expresó el movimiento de activistas de historia en un intento singular de rescatar algunas tradiciones e historias puntuales del asociacionismo, más bien relacionadas con la llamada actividad cultural del Partido Socialista Popular. Aunque en algunas provincias como Matanzas, Santa Clara, Cienfuegos, Trinidad, Sancti Spíritus, Camagüey y Bayamo, los historiadores —me refiero a los que tradicionalmente fungían a nivel provincial— dieron a conocer algunas crónicas sobre la vida familiar burguesa de los siglos XIX y XX, así como de sus entidades. En el caso específico de Cienfuegos y Camagüey, Florentino Morales y Gustavo Sed, respectivamente, investigaron a determinadas figuras del mambisado local directamente vinculadas con el movimiento artístico de la época. El conjunto de esa labor fraguó en los museos.

A partir de los finales de 1995 comenzó a apreciarse el interés por la historia social, aspecto desarrollado por la Dra. María del Carmen Barcia, por lo que creo innecesario su profundización. En el adentramiento de la misma, a tenor de las corrientes historiográficas predominantes en Europa, Estados Unidos y el resto de América Latina, se empiezan a vislumbrar inquietudes en el campo científico historiográfico de Cuba.

Bien merece destacarse el bregar de María del Carmen Barcia y Oscar Zanetti en la obra *Historia de Cuba*, tres tomos patrocinados por el Instituto de

Historia de Cuba durante los inicios de la mencionada década. La cultura artística, literaria, científica y educacional fue expuesta no solo sobre la base de lo publicado hasta esos momentos, sino también como resultados de investigaciones propias. La cuestión radica en que no conformaron el análisis histórico, aunque este estuvo presente, sino como demostración de la realidad histórica. De ahí, precisamente, que los discursos se expongan de forma paralela.

A la inversa, es decir, la cultura históricamente contextualizada, resulta apreciable en los textos editados por el Instituto de Literatura y Lingüística, en lo que bien pudiéramos llamar las historias de las culturas en sus diferentes esferas, así como un conjunto de publicaciones, de diversa índole, por esferas determinadas, que continuamente salen a la luz en todo el país. Pero el gran salto hacia la historia cultural, desde mi punto de vista, resulta apreciable en los estudios sobre la sociedad decimonónica, particularmente los referidos a la plantación esclavista. Sus autoras hablan de la magnitud de este gran esfuerzo: María del Carmen Barcia, Elda Cento, Olga Portuondo, Aisnara Perera, María de los Ángeles Meriño, Oilda Hevia, por solo mencionar algunos; en tanto los imaginarios, el sistema de vida, las costumbres, relaciones y redes familiares, el género, los oficios, profesiones, habla común, entre otras cuestiones, están presentes. Ello no implica que sean investigaciones de historia cultural pura, sino que las mismas están aplicadas al objeto de estudio de forma imbricada. De esa forma, la historia parece total, mucho más si en ella hay presencia de elementos económicos caracterizadores. Aunque el objeto investigativo es lingüístico literario, el uso de la historia como parte del análisis concreto resulta evidente en los estudios de Roberto Méndez, Cira Romero, Sergio Valdés Bernal y Jorge Domingo.

En esta última dirección, referidos a la identidad cultural y a determinadas figuras del mundo literario, se muestran los resultados epistemológicos de Cira Romero, Luis Álvarez Álvarez y Olga García Yero, sin olvidar las recientes incursiones de Aida Morales por el mundo de la arquitectura y las artes plásticas. Hay una fuerte presencia de historias de ciudades a través de las manifestaciones culturales, en virtud de lo cual lo autóctono se valora a través de la historia. En este sentido se devela la multiplicidad de análisis sobre lo propiamente regional. Véase, preferentemente, la obra de Avelino Víctor Couceiro en el caso de La Habana.

Finalmente, no debo obviar las empresas investigativas que abordan las historias de las políticas culturales, aunque yo esté implicada en ellas. Las mismas incluyen la construcción de las ejercidas durante la república burguesa: Jorgelina Guzmán Moré, Hilda

Alonso González, Irina Pacheco, Danay Ramos, Malena Balboa, Joney Zamora, Yoana Hernández, Dayana Murguía, Ricardo Quiza, María Luisa Pérez López de Queralta, entre otros, y las relativas a las de la Revolución, de la autoría de Graziella Pogolotti, Nuria Nuiri, María Isabel Landaburo, Rafael Hernández, Fernando Martínez Heredia, Rafael Acosta D'Arriba y Mildred de la Torre, por solo mencionar algunos.

No puedo detenerme en la existencia de otras especialidades o disciplinas contribuyentes al desarrollo del ejercicio de la historia cultural. La antropología cultural con los estudios de las redes familiares, la historia social en su conjunto y la psicología social con los imaginarios. La brevedad de esta exposición facilitará el desarrollo del debate.

Como ven ustedes, hemos desarrollado un conjunto de ideas. Ahora corresponde que ustedes expongan sus comentarios. Ya Cira Romero levantó la mano.

Cira Romero, investigadora literaria: Mi pregunta va dirigida a Zanetti y es muy sencilla: ¿De qué fuentes van a disponer los futuros historiadores de la economía cubana para investigar estos momentos actuales que estamos viviendo? ¿De qué fuentes van a disponer? ¿Cómo esos historiadores que vendrán van a poder estudiar este momento actual?



Mildred de la Torre: Gracias, Cira. Vamos a darle la palabra a Alicia Conde.

Alicia Conde, historiadora: Buenas tardes. Yo solo alcancé a escuchar la intervención de Zanetti y la de Mildred. Por tanto me voy a referir más ampliamente a la cuestión de la cultura y después, de manera general, a una idea que tengo también sobre cómo enlazarlo todo. Primero, cuando Mildred menciona la República pasó por alto a Medardo Vitier, un autor ineludible porque tiene dos obras fundamentales: *Las ideas en Cuba* y *La filosofía en Cuba*. Sin Medardo Vitier, si él no hubiese hecho ese cuadro de orientaciones generales sobre la filosofía y las ideas que se habían producido en Cuba, nuestra herencia no hubiese sido tan detectada a tiempo, a pesar de que fue tan olvidado también. Pero por lo menos esas dos obras son vitales y parten de un concepto de cultura amplísimo por los estudios que se estaban dando entonces en el mundo, muy a tono con el concepto de mentalidad. En Cuba se estaba viviendo todo el movimiento de renovación historiográfica, que tampoco dentro de la historiografía se contempla por los estudios que se han hecho y que están publicados, a Medardo Vitier. Tampoco los pedagogos lo consideran un pedagogo; los historiadores porque es un historiador distinto, y así. También pienso rápidamente en Francisco González del Valle, tan estudioso de las religiones de Cuba, un autor extraordinariamente importante. Otro que me parece muy significativo, que ustedes todos lo conocen, es Emilio Roig de Leuchsenring. No se puede trabajar la cultura cubana sin tener en cuenta todos los estudios que hizo Emilio Roig, sus estudios costumbristas, lo que apuntó en cuanto a la cultura cubana; pero Emilio Roig también está estigmatizado en el imaginario cultural y limitado a una serie de publicaciones de él, sobre las guerras de independencia. Toda esa riqueza que él brindó y todos esos conceptos que trabajó, incluso que trabajó cosas importantísimas, cuestiones importantísimas, como el pensamiento cubano, eso también está vedado.

Me parece muy importante que se mencione a Diego González, el que le hace el prólogo a las misceláneas filosóficas de Varela. Es increíble el prólogo que él le hace a esas misceláneas filosóficas y la imbricación cultural que uno ve ahí entre el siglo XIX y el XX. También cuando hablamos, por ejemplo, de Fernando Portuondo, solamente mencionando a algunos de los tantos que faltan, porque es increíble Portuondo en una de sus obras, *Apuntes de la historia*, o algo así, como este Alfredo Miguel Aguayo, sencillamente uno de los grandes de la pedagogía cubana. Y eso para mí fue absolutamente sorprendente porque nadie nunca antes me había hablado de cómo ellos se preocupaban



Mildred de la Torre: Gracias por tu intervención.

Alicia Conde: Ah, la otra idea que yo tengo es que cuando nosotros hablamos de historia de la cultura todo esto está imbricado. Porque, como decía Zanetti, imposible que se conozca hasta dónde pudo llegar el proyecto de Varela, de Luz, de Saco, si no se conoce la economía. Hay que renunciar ya a todas estas divisiones y ver que es imprescindible trabajar todas estas esferas, porque si no, no vamos a entender nada.

Mildred de la Torre: Ahora Leonor Amaro.

Leonor Amaro, profesora: Buenas tardes a todos. Yo soy profesora de la Universidad de La Habana, he sido siempre profesora de Historia, y quiero hacerle una pregunta a Zanetti. Yo leí el Premio Ensayo Casa de las Américas, de Ferrán, que se titula *Cuba en el 2025*. Ferrán es economista de profesión, ha escrito además sobre los catalanes; pero sobre su libro no han hecho un comentario y a mí me pareció un ensayo muy interesante, una proyección acerca de qué pasará en la economía cubana en el 2025. Él hace un análisis de la zafra del 70, que muchos consideran un fracaso, con elementos objetivos, pero él incluye cosas que se lograron en ese contexto que en reali-

porque todavía el xx, en medio de la especialización tan grande que tenían, ellos estaban en la trampa de la especialización. Y todo eso que en el siglo xix se había ejercido, en el siglo xx se había abandonado, como es la relación entre la filosofía y la pedagogía, muy larga también de exponer, porque entre nosotros nunca alcanzó la altura de la primera mitad del siglo xix. Son cosas que deben quedar porque es nuestra cultura riquísima. Y, por último, los proyectos de obras de autores cubanos que se dieron en la República por Fernando Ortiz, la Biblioteca de Autores Cubanos, que gracias a él se conocieron a muchos autores. Bueno, todo comenzó antes, en la década del 40, pero sin ese proyecto nos hubiésemos quedado con Figarola Canda. Esta biblioteca de autores cubanos, después de la Revolución, como sabemos, en plena década del 90, fue un proyecto extraordinario de la Universidad de La Habana. Gracias a ese proyecto, *El espíritu público de Varela*, que se estaba desbaratando en la Biblioteca Nacional, está recuperado. Las obras de Luz que estaban todas desbaratadas, incluso en las bibliotecas fundamentales del país, también están salvadas y así las de Saco, las de Arango y Parreño con nuestra Gloria García. En fin, me parece que este proyecto no se debe de dejar de mencionar dentro de la historia de la cultura cubana.



dad son dignas de tener en consideración, como la flota pesquera, que nosotros llegamos a tener y que no existía en América Latina. Él la vincula a todo el esfuerzo de la zafra, y de alguna manera coincide con algún comentario que tú has hecho de todo lo que movilizó la zafra del 70 en un sentido productivo de sectores sociales, de un propósito común. Entonces me gustaría, Zanetti, que tú me dieras tu opinión acerca de este libro que no se ha comentado. ¿Tiene validez? Porque, eso sí, el libro no tiene ni una referencia. En un momento él dice: bueno, yo esto se lo oí al Che. Entonces, ¿es la memoria que él tiene y que no se puede constatar? En realidad él no se remite a ningún libro de historia, ni de economía, ni nada, se basa fundamentalmente en su experiencia económica, pero le dieron un premio muy importante. A mí me gustaría saber tu opinión.

Ahora, en relación con lo que dice Mildred, a mí me interesan muchísimo estas cuestiones en que tú estás trabajando. Yo creo que nosotros tenemos que calificar más a nuestros profesores de Historia, creo que eso es una demanda. Hay que actualizar a esos profesores en cuanto a las clasificaciones, las teorías, además de que tienen que leer libros de historia, por supuesto. Y el problema de la historia cultural creo que es un debate obligado que debe llegar a ellos. Por ejemplo, yo leo mucho de sociología histórica. ¿Las mentalidades se pueden explicar sin la sociología histórica? Creo que no. Entonces hay cosas en la historia cultural, muchas combinaciones que no se pueden definir claramente. Esto lo digo por experiencia porque yo estudié siempre historia de la cultura, y así me la dieron, que incluía historia de la filosofía, historia de la literatura, historia del arte. Fue así como yo la recibí. Y ahora aquí hay algo más contaminado y más difícil de precisar para un profesor.

Yo tengo un ejemplo concreto en un curso que di sobre historia de España, pero para relacionarlo con el patrimonio de La Habana. Yo me demoré mucho en preparar el curso y un día alguien me dice: mira que tú te demoras en preparar un curso. Y yo le digo: en primer lugar no sé historia de La Habana, pero además, al relacionarlo tengo que ver en qué sentido, y entonces me di cuenta de que si abordaba estudios de historia solamente no podía hacerlo. De la economía menos; sin embargo fui buscando otras fuentes, por eso González del Valle me vino muy bien, porque era en su pensamiento cultural donde podría incluir estas cosas.

Mildred de la Torre: Según el máximo dirigente de este encuentro, que es Jorge Domingo, que orienta a la moderadora, ahora corresponde a que el panel responda, y en este caso somos Zanetti y yo nada más.

Oscar Zanetti: Cira, las fuentes para la futura historiografía cubana de esta época, de estos años, por lo pronto no la van a encontrar en la prensa. Yo me salté algunas cuestiones para explicar uno de los factores de la decadencia de nuestra historiografía económica, el déficit de nuestra cultura económica, un déficit que se ha ido expresando de muchas formas, incluso, hasta en los programas educativos, para poner un solo ejemplo. En quince años de Universidad para Todos, en la televisión, solamente se dieron dos cursos de economía y los dos eran de economía internacional. La gente podía saber cuáles eran los problemas del mercado, pero no sabía qué cosa es una tasa de interés. Estos problemas, evidentemente, nos han afectado. Hay mucha información y trabajos y elaboraciones hechas por Centros de Investigaciones Económicas, por el Instituto Nacional de Investigaciones Económicas, anexo al Ministerio de Economía, que simplemente nunca han circulado, pero afortunadamente están ahí. A mí, de casualidad, un amigo me regaló, y yo me quedé patidifuso, dos tomos enormes de estadísticas de los años 60, 70 y 80 que decían arriba, en letras grandes, «Confidencial». No sé por qué razón estaban llenos de notas a mano en ruso, no sé si lo habrán sacado cuando cerraban la oficina de la KGB, pero es una evidencia de que realmente hay información.

¿Qué pasa? Tanto para la información económica como para otra nosotros no tenemos una ley de archivos efectiva y algo que determine cómo los organismos van trasladando la información y los momentos de desclasificación de información. Carecemos de todo eso. Evidentemente, los organismos de carácter económico producen mucha documentación, el problema está en la medida en que se conserva. Yo recuerdo que en el año 70 nosotros fuimos con un grupo de estudiantes a hacer una investigación en lo que habían sido los archivos de la *United Fruit Company*, en Banes, y aquellos archivos lo habían puesto todos dentro de un gran almacén, habían creado una gran pila de documentos. Y nosotros tuvimos que empezar por ordenar e ir sacando los documentos y armando estantes y volviéndolos a poner. Fue una empresa tremenda aunque teníamos diez o doce muchachos trabajando con nosotros, pero nos llevó como un par de meses rearmar el archivo. La documentación de casi sesenta años de la *United Fruit* era la tercera parte de la documentación creada en diez años de administración revolucionaria porque, evidentemente, ahí había todo tipo de modelos y de cosas. Y ese puede ser un problema, que la documentación tampoco se discrimine, tampoco se depure, y entonces puede ocurrir que cosas valiosas se pierdan y lleguen cuestiones que no tienen trascendencia alguna. Es sin duda un problema, pero lo es también

para la historia económica de la primera mitad del siglo xx porque muchísima documentación se perdió. El Banco Nacional tenía un archivo que fue concentrando los archivos de los bancos comerciales en la sede de lo que era el National Bank Boston, aquí en La Habana Vieja, y era interesantísimo porque cada vez que una empresa pedía un crédito el banco hacía un estudio de la empresa para facilitar el crédito y entonces ahí había una documentación que en cierta medida, Guillermo Jiménez, quien trabajó en el Banco en aquella época, pudo rescatar y están en la base de su trabajo. Pero todo aquello a principios de los años 70, sin saber cómo, desapareció y era una documentación central. Imagínate tú la documentación descentralizada, por ejemplo, la de los centrales azucareros. Se ha perdido yo te diría que el 80%, y no solo del período anterior al 59 sino después, cuando vino el redimensionamiento y el cierre de centrales, a pesar de que los historiadores estábamos al tanto de esto y que quienes estaban al frente de los desmantelamientos nos prometieron y nos juraron que había instrucciones dadas para que todo se conservara. En realidad esa documentación se perdió en un porcentaje muy notable. Sin dudas este es un problema, va a ser un problema, aunque hay también a veces fuentes insospechadas que van a estar al alcance de esos historiadores.

Por otro lado, esta empresa en la que nos hemos metido nosotros cuatro tiene un pecado original que es insalvable, que es el pecado de omisión. Resulta imposible el balance exhaustivo. El pecado puede ser venial, mortal, capital, depende de la obra que uno se trace. Pero las menciones que se hacen por ilustración, no pensando hacer un inventario, y para cualquiera que se lance en esta empresa esto es sin duda algo que tiene que acusarse de antemano, de ser omiso.

Y lo que me pide Leonor éticamente resulta problemático. Yo no puedo ponerme a dar opiniones sobre la obra de alguien que no está presente, y además debo confesar que mi conocimiento sobre ese libro es parcial. Conocí incluso algunas de las cuestiones que después se vertieron en ese ensayo, pero hay partes que no he leído. Entre los economistas las opiniones son muy diversas. Por ejemplo, la tesis de que el gran esfuerzo de la zafra del 70 fructificó en otras direcciones y colocar dentro de esa lista a la Industria Pesquera Cubana, es una mezcla de boniato con fruta bomba. En realidad la zafra del 70 concentró todo el esfuerzo económico del país. Se daban los resultados de la zafra con la misma frecuencia del parte meteorológico, todos los días. Pero en realidad el desarrollo de la Industria Pesquera fue algo paralelo y yo te diría que, incluso, de acuerdo con los procesos económicos del país, que se hizo casi a contrapelo de la centrali-

zación generalizada de los esfuerzos en el sector azucarero, y no solamente en el sector azucarero, porque paralelamente se quiso hacer un incremento notable de la producción de café y de la ganadería, pero en realidad, aunque los resultados desde el punto de vista azucarero no fueron los peores, porque se llegó a producir ocho millones y medio de toneladas con un crecimiento para tres años, que era bastante notable, evidentemente la economía completa, prácticamente la economía cubana, se molió dentro de los tándems de los centrales. En ese sentido dicho criterio de Ferrán, para mi juicio, no es sostenible. El desarrollo de la Industria Pesquera tiene que ver, en primer lugar, con un interés de política económica de nuestro gobierno de desarrollarla, pero también por una coincidencia de intereses de nuestra contraparte soviética por tener un puerto pesquero en una zona que le permitía a su flota operar en bancos a los cuales no tenía acceso desde su punto de origen, y entonces trabajaron paralelamente, y Cuba fue creando también su propia flota pesquera oceánica, de la cual carecía, pero fue esa circunstancia que, por supuesto, no tiene, a mi juicio, absolutamente nada que ver con la zafra del 70, al contrario.

María de Carmen Barcia: No es con respecto a ninguna pregunta que me hayan hecho, pero me parece importante referirme a algunas cosas de las que aquí se han planteado. Yo creo que en la actualidad no hay ninguna preocupación por conservar las fuentes. Esa preocupación no existe. Más allá de las estadísticas pudiera existir una preocupación, por ejemplo, en conservar las fuentes de la Oficoda; pero esa preocupación no está y lo que es más grave, como decía Zanetti, no hay una mentalidad en la dirección de los archivos para que esa documentación de las instituciones pase al archivo histórico. A mi modo de ver eso no existe, no está contemplado, y creo que esto es muy serio porque, efectivamente, las fuentes publicísticas van a ser pocas, sobre todo periódicos. ¿Qué se va a consultar de periódicos? Creo que lo habrá para los primeros años, pero ya después no. Lo que pasa es que aquí no hay recursos, los historiadores no tenemos recursos, como por ejemplo en México, para tener una institución de historia oral. Aunque no se puede creer en lo que la gente cuenta porque todos contamos desde nuestro punto de vista, a veces hay mentiras, hay tergiversaciones, pero cuando se unen todas las consideraciones orales sobre una etapa se puede llegar a criterios. Por lo tanto cualquier testimonio oral sería importante, inclusive, para mí sería importante, por ejemplo, para poder reconstruir el período especial. No desde una perspectiva económica, sino desde una perspectiva más amplia. Porque sería muy importan-

te poder tener elementos de la gente más sencilla, de la gente de pueblo, que contara cómo sobrevivió a esa situación. Para mí sería algo así, si lo analizamos desde el punto de vista histórico, como si hubiéramos tenido todos esos testimonios de la reconcentración, por ejemplo.

Cira Romero: Permiso, doctora. Hay un libro de testimonios sobre el período especial publicado por Arístides Vega Chapú, titulado *No hay que llorar* (2011).

María del Carmen Barcia: Ah, muy bien. Pero si nosotros pudiéramos contar con una historia oral, con un lugar donde se pudieran conservar las historias orales, si hubiera una intención, que yo no creo que la haya, con respecto a eso, sería una fuente para todos. Tal vez no sería la fuente estadística ideal para poder reconstruir la economía, pero sí para tener una perspectiva histórica.

Oscar Zanetti: Yo quisiera decir algo. La literatura probablemente va a dar muchos más elementos, sobre todo para la vida social de estos tiempos, que lo que vamos a encontrar en otras fuentes; pero de todas maneras siempre hay riesgos muy serios que se corren. Porque imagínate tú que un arqueólogo del siglo **XXII** encuentre una tabla de anuncios de la carnicería y lea: perro sin tripa, carne de niño... Dirá, ¿pero de qué vivía aquella gente? (RISAS)

Mildred de la Torre: Vamos a mantener cierto orden.

María del Carmen Barcia: Por eso es importante la historia oral también, para explicar qué cosa es la cola del caballo contra la pared o lo que es carne de niño o picadillo para el niño, que no es que lo hacemos picadillo. En fin, todo ese tipo de cosas que nosotros vivimos y la entendemos y después habrá que explicar. A ver, en un momento determinado Mildred mencionó el término social y dijo: y de mucho antes de que empezara. Nosotros podemos decir que historia de la sociedad ha habido siempre, y pensemos en Huizinga y en su historia de la Edad Media, un antecedente muy antiguo. No se trata de eso, se trata de los métodos con los cuales se aborda la historia y en esta dirección todos nosotros tenemos que interrelacionarlo porque se trata de problemas metodológicos, y cuando la historia social empezó se llamó nueva historia porque eran nuevos métodos para tratar la historia o nuevas visiones sobre la historia, no era el relato de la sociedad, y a mí me parece que en cuanto a la historia de la cultura eso es muy sensible. ¿Por qué? Porque el término sociedad tiene muchas denominaciones, tie-

ne muchas formas de relatarse qué cosa es la sociedad, pero la cultura, el término cultura, tiene más de seiscientos acepciones diferentes. La comida es cultura, bañarse es cultura, relacionarse es cultura, cultura es todo.

Yo me imagino que Mildred se está refiriendo a que ella está trabajando en una historia de las instituciones culturales, de la cultura en una época y, como decía Zanetti, es imposible que ella mencione aquí todos los que hicieron algo o trabajaron sobre ese asunto. El problema de la cultura, a lo que yo me quería referir, se ha usado mucho en los últimos términos precisamente enfrentando la historia social, porque la historia social puede ser peligrosa en un momento determinado, y entonces se ha hablado de una historia cultural y hay historiadores como Peter Burke, que a veces la denomina como historia cultural y otras veces como historia social, porque está permeada por el método, y dentro de esa permeabilidad del método al introducir el término de cultura esto se ha enrarecido mucho. Porque la historia cultural, la historia de la narrativa, en los últimos años es algo así como la historia del discurso, que no puede tener una verdad absoluta porque cada cual hace el discurso que le conviene sobre una determinada época. Entonces, a mí me parece que ella no puede mencionar todo lo que hay en el campo de la historia de la cultura. Y la historia social no se puede entender, no se puede escribir, sin una perspectiva económica, porque usted no puede ubicar a los sectores, las clases, los grupos, las familias, si usted carece de una perspectiva económica, lo que esa perspectiva económica está mediada porque no se hace un trabajo de investigación económica sino que se basa en otros trabajos de investigación económica. Y la primera historia, al menos desde el punto de vista que yo la veo, que se hace después del triunfo de la Revolución, es socio-económica. Es lo que yo quería decir.

Mildred de la Torre: Yo quiero aclararte, Alicia, que especifiqué al principio que hay que distinguir historia de la cultura de historia cultural. Si hablamos de historia de la cultura tendríamos que hablar de todo lo que se ha escrito. Yo hablé de historiografía, no hablé de otra cosa, y habría que hablar de lo que se ha escrito sobre la historia del arte, la historia de la literatura, la historia de la música y en cierta medida de la historia de las instituciones, así como también de historias o biografías de grandes estudiosos de la cultura. Claro que para orientar cualquier tipo de investigación, o para mencionar cualquier tipo de cuestión, Medardo Vitier es imprescindible. Eso es sumamente conocido; yo también podría hablarte de su hijo Cintio, cuyas reflexiones en torno a la cultura a través de múltiples obras es un referente indiscutible,

y también podría mencionarte a alguien que no mencioné, que creo que es muy importante, Walterio Carbonell, quien quiso hacer una historia de la cultura cubana y tuvo resultados muy interesantes acercándose en sus últimos años a los sectores populares, a las capas populares.

María del Carmen Barcia: Y Raquel Mendieta.

Mildred de la Torre: Sí, Raquel Mendieta. Y pudiéramos hablar indiscutiblemente de grandes filósofos, de grandes pensadores de la cultura cubana, que es muy abarcadora en la historia de la filosofía, la historia del pensamiento, y eso en función de la historia de la cultura. Resulta interesante, por ejemplo, que el primer periódico nuestro, *El Papel Periódico de La Habana*, de ese admirado por mí, José Agustín Caballero, se preocupara por las costumbres, la forma de vivir de la gente, las conductas de las personas comunes, y yo creo que si se va a empezar una historia cultural hay que empezar por ahí, por esa prensa, y por todas nuestras publicaciones a lo largo del siglo xx. Porque todas reflejaban la vida de la sociedad, las tradiciones, las costumbres, el habla, las formas de vida, el asociacionismo, la sociabilidad, las políticas culturales existentes durante la República y después de la Revolución.

Ojalá pudiéramos lograr una historia de la cultura cubana en una nueva versión, ojalá, que todos nos pudiéramos de acuerdo en algún momento determinado para lograrlo.

Yo me acuerdo que en un congreso de historiadores hablé sobre la importancia de la historia cultural porque quería llamar la atención contra eso que una vez Zanetti admirablemente llamó la historia de los buenos y los malos, que tanto nos ha permeado, para adentrarnos en la historia de la espiritualidad en la forma en que la gente vive, en lo que la gente quiere, lo que la gente sueña, sus proyectos, sus anhelos, sus ansiedades, sus angustias, y no solamente ver la historia a través de los movimientos políticos o a través del discurso de los grandes pensadores o a través de las obras literarias, artísticas, etc. Y entonces todo el mundo aplaudió muchísimo y yo me sentí de lo más contenta. Entonces alguien que va a argumentar a favor mío se para y dice: Porque es importante que se escriba la historia de la literatura, se escriba la historia de la filosofía... Yo me dije: no entendieron nada. No entendieron nada y me sentí sumamente desalentada. Nuestra prensa a lo largo de la República burguesa está destruida, desbaratada, aunque hay grandes colecciones todavía por suerte salvadas. Usted recoge la vida de esa sociedad a través de la prensa. Generalmente los historiadores hemos tenido la costumbre de

buscar el hecho puntual dentro de una prensa donde se nos da toda la atmósfera de la sociedad en un momento determinado, las presentaciones artísticas, los libros que se publican, los problemas cotidianos, los de la supervivencia y sobrevivencia, pero después del 59 esto ha decaído considerablemente y si nos preguntáramos si a través de la prensa hoy pudiéramos reconstruir la sociedad diríamos que no, porque lo que tenemos son las noticias, pero no el mundo social y cultural y espiritual de nuestra sociedad. Porque detrás de toda obra y de todo empeño existe un interés en la educación. Como bien señalaba Leonor, la formación de nuestros educandos, la formación de nuestros profesores, tendríamos que empezar por ahí, que no solamente tienen que saber de la historia de la cultura, tienen que saber cómo la gente vivía para impregnarle al discurso histórico una idea más amplificada de lo que era la sociedad pretérita, y no quedarnos con los grandes acontecimientos, que también es cultura, que también es humanismo, pero no es lo único. Porque están esos pequeños acontecimientos de la gente en la forma en que resolvían sus problemas que constituyen verdaderas lecciones para el presente.

Vamos ahora otra ronda de intervenciones.

Berta Álvarez, profesora de historia de Cuba: En la complejidad de las aproximaciones a la cultura que ustedes han mostrado yo pienso que queda la puerta abierta. Pero solamente quiero en esta intervención aportar que en las mesas que se hicieron en otra institución la semana pasada se consideró, en mi opinión con un gran acierto, que la economía tenía que tener una visión cultural. El énfasis que se hizo en esa mesa, que dirigió Luis Suárez, en cuanto a los retos y las cuestiones de actualidad, una economista cuyo nombre no recuerdo planteaba la presencia cultural en todas las aproximaciones del mundo real y del mundo espiritual. Yo tuve que hacer un programa de historiografía en un momento determinado y lo primero que me planteé fue una cronología de las tendencias historiográficas a partir de los grandes acontecimientos. Después de hacer una periodización, yo me planteé las líneas de interpretación historiográfica, en la lectura de la prensa periódica, de los libros publicados de historia, qué tendencias se pueden observar desde el punto de vista interpretativo, y dentro de las tendencias como ejemplo puse algunos nombres.

A mí me llama la atención que en la mesa se invirtió la importancia, o sea, ustedes le dan más importancia a los nombres que a las tendencias y a los problemas, porque la historiografía cubana, como yo la he estudiado, no solamente responde a tendencias sino a los problemas y las épocas históricas trajeron



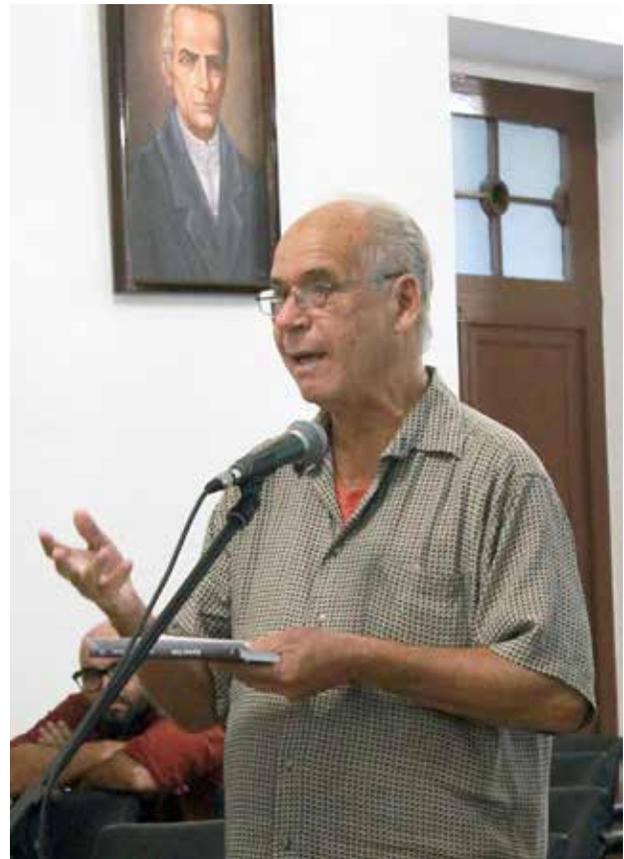
Y otro aspecto es que la cultura tiene que ver mucho con el sujeto social. Tú no puedes trabajar cultura sin entender la sociedad. Ese es el gran mérito de Fernando Ortiz, quien tomó al negro como un sujeto de la nación cubana y lo proyectó en todas las direcciones, lo proyectó hacia sus creencias, sus modos de vida, la comida, las costumbres. Por eso para mí también es tan grande Fernando Ortiz, porque incluso introdujo un elemento nuevo que no es el recitar cosas como puede haber hecho el positivismo antes sino es justamente hacer ese acercamiento, que en mi opinión aportó todo un sistema cultural o ver la cultura cubana de una manera diferente.

Mildred de la Torre: Gracias, Berta. Por favor, Ricardo...

Ricardo Luis Hernández Otero, investigador literario: Yo quiero referirme brevemente a tres aspectos. En primer lugar quisiera saber qué opinión pueden tener los panelistas en cuanto a la influencia de los que se formaron como historiadores en la Unión Soviética, la teoría, metodología soviética en toda esa primera etapa de la Revolución. Y si esta fue positiva, si ha dejado un saldo positivo o si no fue positivo, qué queda como ganancia o si no queda ninguna ganancia. Se

sus problemas y fue a partir de los problemas que se enunciaron las tendencias historiográficas. Un ejemplo: antes de la Constitución del 40 se hacían inventarios de los problemas cubanos y cuando se le pedía a una asociación que hablara, se le pedía que hablara en torno a los problemas cubanos, la economía, la cultura y la educación, la discriminación racial y las relaciones con los Estados Unidos, los problemas migratorios. Y entonces yo pienso que ahí hay una producción historiográfica.

Como este es un encuentro sobre historiadores, quiero hablar de los reclamos que le hacen a los historiadores, los que yo sí considero más importantes. El reclamo a los historiadores es que son los que realmente están en condiciones de entender el presente y de proyectarse al futuro, y a mí me parece extraordinariamente importante este reclamo. Y aquí recuerdo una anécdota que quiero trasladarle a ustedes: Philip Foner, el gran historiador norteamericano, siempre decía que en los Estados Unidos cuando había un problema muy grande a quienes llamaban los políticos era a los historiadores. Entonces, la pregunta mía es: si nosotros no analizamos cada vez más los procesos ¿podremos estar en condiciones de responder al presente y al futuro como reclama el resto de la ciencia social? Esa es la pregunta que yo haría.



hablaba aquí de que los cuatro grandes historiadores de la primera etapa de la Revolución: Le Riverend, Franco, Moreno y Pérez de la Riva, y se decía que no habían creado escuelas, no habían tenido discípulos. ¿Tendrá que ver esto con aquella cuestión? De la interferencia de las tendencias soviéticas en nuestros estudios historiográficos. Yo recuerdo, por ejemplo, una anécdota en los años 70 en el Instituto de Literatura y Lingüística. Un investigador recién ingresado, un investigador joven, hizo una investigación sobre la poesía cubana de 1851-1878. Cada una de las etapas en que él dividió esa investigación tenía que tener una introducción histórica y él se basó únicamente en *El ingenio*, de Moreno Fraguinal. Cuando él termina el trabajo, este fue totalmente desestimado porque él no había seguido la periodización, los estudios, de Sergio Aguirre. Aquel trabajo él no lo pudo defender, no se pudo nunca publicar, está todavía metido en los estantes del Instituto de Literatura y Lingüística.

Por otro lado, me parece que sí, que no se pueden mencionar todos los nombres, pero aquí habría faltado una figura que es, en mi criterio, el eje vertical que va moviendo las tendencias, las ideas, en todo lo que es la historia de Cuba, que es la figura de Martí.

Yo recuerdo que Raimundo Lazo tiene un trabajo, sus *Páginas Críticas*, que es un estudio sobre el ensayismo en la República y él dice que a través de los acercamientos ensayísticos a José Martí se puede hacer un estudio de las tendencias de ese pensamiento en toda la etapa de la República aunque Martí, por supuesto, requeriría prácticamente un panel especial. Y, por último, me interesaría hablar aquí de que cada día me preocupa más cuando estoy leyendo, sobre todo los libros que tratan de historia de la cultura cubana, de las instituciones, de las manifestaciones culturales, los errores, los horrores, como yo le llamo, erratas, errores, horrores. Es una acumulación total en disparates, en nombres, en fechas y a veces, por supuesto también, de las interpretaciones. Culpables son los autores, por supuesto, pero también lo son los que orientan esos trabajos, las instituciones que lo publican, los editores que lo revisan que, evidentemente, muchos también son completamente ignorantes de lo que se está expresando en esos trabajos.

Recientemente tuve esta experiencia: mandé un informe a una revista a partir de un trabajo defectuoso que publicó y me dijeron: Mira, mejor no se lo digas a esa persona porque te puedes buscar un problema. Y había una serie de problemas graves que se les había escapado también por desconocimiento a los propios editores de la publicación. Quiero solamente, en este último sentido, hacer un llamado de alerta para que se preste atención a estos aspectos. Puede saber mucho la persona, puede tener mucha información, pero si no sabe expresarla, si no sabe ordenarla,

y si se le van esos disparates, pues verdaderamente el que más o menos tiene un poquito de conocimiento se queda sobresaltado.

Mildred de la Torre: Gracias. Yo te voy a dar la palabra de nuevo, Alicia, pero necesitamos que sea una intervención rápida.

Alicia Conde: Cuando yo me referí a los pensadores del siglo xx es porque dijeron algo trascendente, tocaron problemas de Cuba absolutamente trascendentes. Les voy a poner solamente un ejemplo sobre el método para pensar. De eso se habló en Cuba desde el siglo xix y Medardo Vitier fue uno de los pensadores que está diciendo que un método para pensar afecta en su resonancia la estructura de una sociedad y puede alterar una época. Eso es verdaderamente impresionante porque ha recogido toda una tradición en ese concepto. Y cuando digo esto de las omisiones, hay omisiones y hay omisiones, no se trata de un inventario, claro, se trata de ir a lo esencial. Porque si nosotros de nuevo vamos a las omisiones fundamentales que hasta este momento se han hecho, estamos perdidos. Cintio Vitier, que tú mencionaste, Mildred, murió sabiendo el poco reconocimiento dentro de la historia intelectual cubana que había tenido su padre. Cuando él en el 2003 vuelve a reeditar la obra de su padre está poniendo ahí lo que Ricardo Luis dice: Martí, que nos une a todos, une a toda la intelectualidad para bien y para mal, porque mucho que también se vilipendió y se aprovechó de él. Bueno, cuando Cintio Vitier reproduce lo que su padre había escrito en el año 1911 reconoce que es el primero que sobre Martí está escribiendo como pensador político, como educador en el siglo xx. Sin embargo, Medardo Vitier nunca estimó que ese trabajo fuera publicado y Cintio Vitier en la reedición del 2003, reedita este artículo sobre Martí, que su padre había escrito en 1911. Esto es muy importante porque los conceptos fundamentales como solidaridad de la cultura, conceptos tan esenciales como el manejo del método que da Medardo Vitier en ese esclarecimiento no se daban en ese momento.

Otra cosa que es importantísima: no conozco a nadie en la República que haya pensado sobre Cuba que no haya sufrido los problemas de Cuba, que no haya sufrido los problemas de Cuba. Ninguno de estos pensadores trató por encima los problemas de Cuba. Estoy hablando de los más comprometidos con el destino de Cuba, porque hay los que convierten en un negocio la ciencia, los que convierten en un *modus vivendi* cualquier tipo de conocimiento. Eso se ha dado en la historia cubana y en la historia mundial. Yo no aislaría jamás el pensamiento de la realidad porque están absolutamente, indisolublemente ligados.

Sobre la prensa: la prensa da el latido de la sociedad. La prensa te dice lo que se está discutiendo, lo que está ahora mismo trabajándose, lo que a las gentes le angustia, lo que la gente está pensando sobre esa realidad y lo está discutiendo y hay muchísimas opiniones, pero eso te lo está dando la prensa. Los recursos que se están dando para manipular o no una sociedad te lo está dando la propia prensa, que al lado de un teatro Tacón muy precioso te están poniendo la muerte de Máximo Gómez, en 1905. Ahí está la manipulación de lo gráfico dentro de la prensa cubana. ¿Esa no era una manera subliminal de disminuir la muerte de Máximo Gómez? Yo creo que hay que volver a lo que decía Alejo Carpentier en los años 50, que se solicitan historiadores, que hacen falta muchos equipos de historiadores, y hay que poner la metodología en el centro de todo esto. Y me parece que el esfuerzo intelectual de Medardo Vitier nunca podrá pasarse por alto porque representa un esfuerzo metodológico importantísimo dentro de la cultura cubana.

Mildred de la Torre: Bien, muchas gracias, Alicia. Usted, por favor.

Johan Moya: Trabajo en la Biblioteca Nacional José Martí y formo parte del consejo de redacción de *Es-*



pacio Laical. Escuchándolos a ustedes a mí solamente se me ocurre una pregunta: si ustedes pudieran en cinco puntos resumir lo siguiente: ¿cuáles son los desafíos epistemológicos de la historiografía actual? He escuchado mucho de métodos, de que hace falta integración, de muchos valores dispersos, insatisfacción, entonces veo que el problema es epistemológico, por lo menos desde mi punto de vista. Quiero preguntar eso, si ustedes en cinco puntos pudieran decir cuáles son los desafíos epistemológicos que tiene la historiografía actual.

Mildred de la Torre: Entonces ahora el panel responde.

Oscar Zanetti: Yo voy a tratar de ser un poco telegráfico porque ya es bastante tarde. Por supuesto, la economía tiene que tener una visión cultural y de hecho el regreso de los historiadores a la historiografía económica en alguna medida, según lo que uno puede ver en otros países, ha ido de la mano de una suerte de antropología cultural, es decir, buscando cuestiones tales como los patrones de consumo en las sociedades y en los individuos, buscando las estrategias empresariales en torno a las figuras de empresarios. Sin duda un ángulo indispensable de abordaje que en la práctica está operando después de un alejamiento de los historiadores de la historia económica, por considerarla abstracta y deshumanizada, es la vía en la cual se está produciendo un regreso hoy, aunque todavía entre nosotros esto se ve en una escala muy limitada. Por supuesto, los problemas del presente atraen, la historiografía siempre reacciona a los problemas de su época y esto tiene que ver con lo que estaba planteando Alicia ahora: ningún estudio histórico puedes verlos completamente desvinculados. A veces las influencias son muy poco perceptibles, pero están, y las posiciones frente a esos problemas en el presente generan tendencias distintas en la historiografía. El problema es que en el caso de la historiografía cubana la cuantía de obras y la diversidad de autores no es tan nutrida como para que a veces puedan establecerse tendencias al margen de nombres. Yo voy a poner un ejemplo: un problema básico en el cual se mueve toda la historiografía económica cubana o con el cual nace la historiografía económica cubana es la crisis que se da en Cuba a finales de los años 20 con el agotamiento del azúcar como motor del crecimiento económico, que se vincula con la crisis mundial de 1929 y vienen los problemas de la diversificación, las posiciones y, por supuesto, la historiografía de los años cuarenta se ve directamente relacionada con eso. Ahora, ¿vamos a establecer tendencias? Bien, tenemos el caso de Ortiz, con *El contrapunteo...* ya no una apuesta por la

diversificación, sino casi una verdadera diatriba contra el azúcar como eje de la economía. Pero por otra parte tienes a Ramiro Guerra que dos años después publica una filosofía de la producción cubana donde está yendo justamente en contra de Ortiz, aunque explícitamente no lo dice. Ahí estamos viendo entonces tendencias y tendencias a partir de un problema determinado.

La metodología soviética sin duda influyó, yo diría que en una asimilación esquemática del marxismo y, por tanto, esto se expresa de diversas maneras en nuestra historiografía de la década del 60 y la del 70, a veces en expresiones casi caricaturescas como la de haberle atribuido a los seis años del patronato que le suceden a la esclavitud y que mueven a la esclavitud al lugar calificado, como el período de feudalismo cubano. Porque había que pasar todas las etapas establecidas no por Marx sino por Stalin en los fundamentos del leninismo. Evidentemente hubo esa influencia y hubo también situaciones difíciles en relación con la obra de historiadores que de alguna manera se apartaban de esos lineamientos. Creo que el caso de Moreno fue un ejemplo, el de Jorge Ibarra, en otro sentido, también. Ahora, el caso de Moreno a mí me resulta mucho más cercano y el problema es que Moreno, por decirlo de alguna manera, no comparte la historiografía marxista oficial cubana, la que se incubaba en los años 40, alrededor de la revista *Dialéctica* y las obras de Carlos Rafael Rodríguez y de Sergio Aguirre. Es una historiografía que dadas las circunstancias de la guerra mundial resulta una historiografía en alguna medida de Frente Popular, en el sentido de que es una historiografía que si bien no deja de ser crítica con respecto a determinadas posiciones de la burguesía tampoco es antagónica con ella. Sin embargo, hay una historiografía que los historiadores llamamos la historiografía revisionista que trata de modificar, de ver las bases del discurso oficial y cambiarlo, que sí se desarrolla en los finales de los 40 y que tiene expresiones muy burdas en la obra de un Rafael Soto Paz y expresiones mucho más depuradas y profundas y de más alcance en la obra de un Cepero Bonilla.

¿Qué sucede? A Moreno se le percibe por sus relaciones personales, que no hay que entrar en ellas, pero se le percibe un poco como un epígono de esa historiografía revisionista dentro del proceso de la historiografía de la Revolución y, por tanto, está en contradicción con lo que se considera que debe ser el discurso o las bases del discurso histórico-nacional. De ahí viene toda una serie de fricciones que pueden explicar una situación como la que tú aludes, Ricardo Luis. Creo que algunas de las cuestiones que tú planteas son resultado de un problema cultural que nos afecta prácticamente en todas las disciplinas y en

todas las manifestaciones de la creación hoy en día en nuestro país y yo diría que desde hace tiempo: la falta de crítica. El hecho de que las cuestiones no se resuelvan por la crítica y que el autor no esté pendiente de una crítica que pueda poner de manifiesto sus inconsistencias. Y como las cuestiones a veces se resuelven por detrás o por alguien que escribe a la editorial y dice: no deben publicar más obras de fulanito, y no se va a la crítica, al ejercicio de la crítica, pues entonces las posibilidades de corrección son mucho más limitadas y se crean situaciones realmente lamentables. Creo que es una de nuestras grandes deficiencias, un déficit cultural.

Lo de los desafíos epistemológicos es algo abusivo con este panel a estas alturas del debate y mucho más resumirlo en cinco puntos. (RISAS) Yo creo que un desafío fundamental es el problema de la síntesis en la historia de Cuba y es un padecimiento de nuestra época, aunque también de épocas anteriores. Las síntesis históricas son muy escasas y en algunos casos son muy deficientes. A veces tú lo ves en los textos escolares, en los cuales realmente lo que se lleva a síntesis no es tal y cuestiones que hemos tratado aquí, por ejemplo, los procesos culturales, los económicos, aparecen casi como si fueran anexos del proceso político, que es el que traza el eje de la síntesis, pero como cosas pegadas. Ese es un desafío, pero tendríamos muchísimos más, como la conservación de las fuentes a la cual Cira se refería. Es otro de nuestros problemas, pero creo que va a ser muy difícil poder resumirte cinco puntos a estas alturas del campeonato. (RISAS)

Mildred de la Torre: Perdóname, Johan, pero me niego a eso.

María del Carmen Barcia: A estas horas y un poco cansados todos yo voy a tratar de remitirme a lo que se nos ha preguntado directamente. A lo que señalaba Zanetti sobre la influencia soviética yo añadiría que esta influencia donde más se ha visto reflejada es en los textos de estudio, no tanto en la producción historiográfica de investigación de los historiadores cubanos, más en los textos escolares, ahí sí, y en los programas también. Con respecto a lo que yo decía de las escuelas, entiendo las escuelas como una relación permanente, creadora, con discípulos que lleguen a comprender por dónde van los hilos, los hilos metodológicos que tenemos los historiadores para producir. Y yo creo que eso faltó en el caso de esos cuatro autores. Le Riverend nunca fue profesor de historia, creo que él solo dio algunas clases de economía. De economía yo creo que sí, pero de historia no. Moreno Fragnals trabajó como profesor en el Instituto Superior de Arte pero ya a edad avanzada. Pérez de la

Riva trabajó en historia muy poco, en algunas cosas de metodología, pero su escuela fundamental fue la geografía, y José Luciano Franco impartió clases en el Instituto Superior Pedagógico Varona. Ellos aglutinaron personas, jóvenes que trabajaron con ellos. Pero a mi modo de ver en lugar de utilizarlos más desde el punto de vista de formarlos en un determinado sentido de la historia los usaron en su trabajo. Yo, por ejemplo, Gloria García, Salvador Morales, Orestes Gárciga y otros trabajaron con Le Riverend, pero más en función de algo que él quería para un resultado determinado. Lo mismo pasó con Moreno y Raquel Mendieta, por ejemplo. Pérez de la Riva sí formó, pero en el área de la geografía, y yo mencionaré un nombre que lamento muchísimo que se haya perdido, porque después entró en tareas sindicales, Blanca Morejón, que fue una excelente seguidora de Pérez de la Riva. Todavía en la Universidad de La Habana trabajan personas que proceden de la formación de Pérez de la Riva. Y Franco, hay personas que se dicen discípulos de Franco, pero que a mi modo de ver no lo han sido y ni siquiera yo los vi trabajar con Franco. Estoy ofreciendo mi apreciación, lo que yo vi en un momento determinado. En ese sentido digo que es una pena, porque había tanto saber en ellos que es una pena que no se hayan creado esas escuelas disciplinarias que los hubieran podido seguir.

Lo del desafío que Johan nos plantea: imposible de pensar en estos momentos en eso. Yo solo mencionaría que sería muy importante el estudio de los procesos y de las continuidades. Nosotros tenemos más continuidades que rupturas en nuestra historia, y esa sería una forma de abordarla. Y me parece que otra cuestión muy importante sería deconstruir lo que se ha hecho y volverlo a construir desde diferentes ángulos y de diferentes perspectivas, pero no me atrevo a pensar mucho más ahora porque yo no soy una persona de respuesta rápida, yo soy una persona de meditar mucho lo que digo.

Mildred de la Torre: ¿Me permiten un momento? Porque en relación con esto que señala María del Carmen con los discípulos, eso depende de cómo se mire el asunto. Por lo menos la experiencia que yo tengo de los encuentros con Le Riverend y con Franco fue la siguiente: existían seminarios de discusión en el Instituto de Historia, que eran seminarios de discusión no relacionados solamente con el tema que cada cual investigaba, sino con problemas teóricos-metodológicos. Nosotros nos pusimos en contacto con los *Annales* a través de Le Riverend, quien en aquellos momentos cuando se silenciaban muchas escuelas, él nos facilitaba la información de todas las escuelas historiográficas que existían en aquel momento. En la biblioteca

nuestra, lamentablemente destruida, una de las más grandes bibliotecas de América Latina, formada por él, formada por él y por todos los que trabajamos en ese Instituto, con fondos procedentes de las bibliotecas privadas, nosotros no teníamos limitaciones para acceder a cualquier tipo de literatura. Es cierto que no tuvo una escuela determinada, es cierto que él no impartió clases, pero sí nos dio muchas conferencias y en esos intercambios hubo resultados. Creo que de ese grupo que estaba trabajando la historia económica la mejor de las discípulas fue Gloria García, en mi opinión. Por eso depende cómo se mire de que no era sistemático sino era a través de preguntas y respuestas o de intercambios que nos relacionáramos con determinada literatura. Y a Franco usted podía preguntarle a cualquier hora y en cualquier momento que él te decía lo que tú querías saber y lo que tú no sabías y hasta lo que tú no querías saber. Y yo recuerdo los encuentros en la Biblioteca Nacional, donde se reunían todos ellos, y nosotros éramos sumamente jóvenes en aquel momento y escuchábamos, y escuchábamos lo que ellos discutían allí. Yo creo que fuera de lo académico, fuera de lo tradicionalmente establecido, fueron contactos que tuvimos maestros y discípulos, entendiéndose por discípulos en este sentido de la investigación.

Es una pena que aquello no se grabara o que sobre aquello no se escribiera y que solamente quede en nuestros recuerdos, pero sí creo que fueron escuelas de aprendizaje y de esa manera nos marcó, por lo menos a muchos de nosotros.

Luis Fidel Acosta Machado: Yo voy a ser extremadamente sucinto. La profesora Mildred decía hace un momento que yo iba a estar triste porque no he podido intervenir, pero todo lo contrario. Yo me siento bastante disminuido ante estas tres inmensidades que tengo al lado mío, que además han dado prácticamente conferencias magistrales sobre historiografía. Estoy profundamente feliz de estar hoy sentado aquí.

Yo solamente quiero referirme a dos aspectos: se señalaba en algún momento acerca de los horrores gigantescos que encontramos sobre historia en los libros, la prensa, y creo que eso viene a partir de dos problemas fundamentales. El primero, ya lo mencionaba el profesor Zanetti, es la ausencia de crítica historiográfica. Encontramos muchas reseñas sobre libros de historia en diversas revistas, diversos periódicos, pero no encontramos reseñas críticas al respecto. Y muchas veces se piensa que criticar un texto, señalar lo que creemos deficiencia y, por supuesto, aciertos de un texto, pues va a dañar susceptibilidades de los autores y creo que podríamos estarle haciendo un gran

favor al autor al no señalar cuáles son sus debilidades, pero le estamos haciendo un gran perjuicio a la historia y a la historiografía al no plantear cuáles son esas debilidades. Por lo tanto hay que hacer un llamado para que aparezcan más reseñas críticas o más críticas historiográficas en nuestros medios de prensa, en nuestros medios masivos.

El otro problema precisamente es la escasa presencia que tienen historiadores en esos medios masivos. Yo recuerdo a un excelente profesor de la Universidad que decía: La historia se ha convertido en una señora de la vida con la que todo caballero pretende pasar la noche, y no lo decía precisamente en esos términos. En ese sentido cualquiera piensa que puede hablar, escribir, hacer historia, con lo cual encontramos en la prensa, en revistas, incluso en los medios de difusión a muchas personas que asumen que son capaces de hacer historia a partir de leerse un libro, que incluso puede estar bastante atrasado en sus planteamientos. Ahí encontramos, por ejemplo, en los periódicos, miles de reportajes, de noticias, con respecto a valoraciones sobre el pasado, que no se conoce, y de ahí los grandes yerros que se cometen. El historiador debe estar presente, haciendo precisamente lo que estudió, lo que es su profesión, haciendo historia en esos medios de comunicación masiva, la televisión, la prensa.

Y con respecto a los desafíos: yo me uno a lo que han dicho mis profesores, no voy a atreverme a decirles colegas, sino mis profesores. Son realmente bastante complicados, pero creo que uno de esos grandes desafíos podría ser realizar un replanteo de la cronología de la historia de Cuba. Yo creo que ya estamos en condiciones de una periodización exacta de la historia de Cuba, ya estamos en condiciones de replantearnos la periodización que tenemos a partir fundamentalmente de fechas o de transformaciones políticas. Una periodización política en gran medida, pero con todos los avances que se han hecho respecto a la investigación histórica desde el punto de vista de la historia social, cultural, económica. Ya es posible hacer una periodización que englobe más totalizadamente esta historia y romper con esa cronología política y hacerla más totalizadora, más abarcadora. Creo que hay condiciones, justificaciones y razones, para entender tal o más cual periodización y que no sea una rama, un aspecto de la historia como la política, la economía, la sociedad quienes marquen esa periodización sino hacerla lo más totalizador posible.

Mildred de la Torre: Yo lamento que esta discusión ya termine, porque se tiene que acabar. Pero yo quiero ante todo agradecerles muchísimo a ustedes sus intervenciones, que han sido muy ricas, cultas, inte-



ligentes, adecuadas para un espacio de este tipo. Y yo creo que un punto preferencial sería amplificar los debates, no solamente la crítica, porque cuando empezamos a hablar en una reunión, cuando se discrepa, se levanta alguien y dice: yo no quiero discrepar. Y entonces, para qué se para si él no quiere discrepar. En aras de que no discuta lo que estoy planteando. Entonces, para qué lo hablas. Porque se ha perdido lo que se llama la cultura del debate y en la cultura del debate no solamente el que expone y el que recibe la opinión contraria o diferente ganan sino los que escuchan, y creo que todos hemos ganado muchísimo con las diferentes intervenciones que aquí han tenido lugar. Nosotros incitamos a que estos espacios se multipliquen porque si queremos justamente mejorar nuestra historiografía, que es nuestro propósito, no es cosa de destruir lo que ha existido, sino lo que queremos es mejorarla, pues primero tenemos que hacerlo

a través del debate razonado, a través de la reflexión crítica, a través de las mejores intenciones de que lo que estamos haciendo contribuye al desarrollo de una historia cada vez más inteligente y, sobre todo, mucho más comprometida con la verdad. Así que muchas gracias a los organizadores y a ustedes, por supuesto, por asistir a este encuentro.

Jorge Domingo Cuadriello: Unas palabras nada más. Hemos tenido una jornada muy intensa, pero muy provechosa también. Creo que, como ya lo señalaba la profesora María del Carmen Barcia, se puede considerar este encuentro como un homenaje a la efeméride de hoy, 24 de febrero, fecha del reinicio de la gesta independentista. En nombre de la revista *Espacio Laical* y del Centro les doy las gracias a los panelistas, a los asistentes, a los que intervinieron, y los invito a un próximo encuentro En Diálogo.

